



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

DE LAS FUNCIONES DEL RESENTIMIENTO EN LA POLÍTICA

MEXICANA DEL AÑO 2006

E N S A Y O

**PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN CIENCIAS POLÍTICAS Y
ADMINISTRACIÓN PÚBLICA
(ESPECIALIDAD EN CIENCIA POLÍTICA)**

P R E S E N T A

ANABEL MUÑOZ TREJO

ASESOR: DR. JORGE F. MARQUEZ MUÑOZ



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

A MIS PADRES Y HERMANOS, MI ADENTRO, EN QUIENES SIEMPRE REENCUENTRO LA ESPERANZA Y LA CERTEZA QUE TANTAS VECES PARECEN FLAQUEAR EN TODOS MIS AFUERAS. GRACIAS POR SU APOYO Y SUS ENSEÑANZAS, LOS AMO INMENSAMENTE.

CON ESPECIAL AGRADECIMIENTO Y AFECTO AL DR. JORGE MARQUEZ MUÑOZ POR LA LUCIDEZ, LA AMISTAD Y LA SENCILLEZ CON LA QUE ENSEÑA A MIRAR EL MUNDO.

A MI UNIVERSIDAD, POR SUS ENSEÑANZAS Y SUS GRANDEZAS COMPARTIDAS.

A MIS SINODALES, POR SU APOYO, AMABILIDAD Y TIEMPOS DEDICADOS.

A FERNANDO AYALA BLANCO, POR LA PUNTUAL REVISIÓN DEL PRESENTE ENSAYO, PERO SOBRETUDO POR LA CORDIALIDAD Y LA GENTILEZA QUE DESDE SIEMPRE ME HA BRINDADO.

A MI AMIGO, ANGEL ROMERO GONZALEZ, POR ACOMPAÑARME DESDE HACE ALGUNOS AÑOS EN LOS PENSAMIENTOS QUE HOY ENCUENTRO IMPORTANTES.

A MIS AMIGOS, DEMASIADOS NOMBRES Y POCO ESPACIO, PERO SUFICIENTE EL TIEMPO PARA RECORDAR EL IMPULSO QUE CADA UNO ME DIERA. Y A TI, GRACIAS POR APARECER.

Índice

Introducción.....	i
I.....	1
II.....	10
III.....	32
IV.....	42
V.....	52
VI. Epílogo.....	57
Bibliografía.....	62

Introducción

El reciente periodo electoral del año 2006 en México traería a escena, sin duda, algunas de las más insospechadas facetas del discurso y el ejercicio político en nuestro país; quizás como nunca antes, los cálculos racionales y los impulsos emocionales se desbandarían por cada uno de los rincones del imaginario colectivo. Una vigorosa actividad política se desprendería de la masificada participación social y la peculiar naturaleza, que los distintos representantes políticos imprimieran a la causa de su *lucha*.

Innegablemente, el análisis de los puertos estratégicos definiría ampliamente el desarrollo de la contienda electoral del año 2006, y, sin embargo, resultaría insuficiente para el entendimiento de la función que algunos de los motores emocionales, que junto o aún más allá de la razón, desempeñaran en la definición de los sucesos. Entre éstos, ha de señalarse de forma especial el papel del *resentimiento*, pasión que junto con la envidia, la orejiza o la perfidia, integra el complejo del odio, emoción antitética a la pasión amor a la que comúnmente se apela desde discurso religioso, pasando por el humanista, hasta llegar al meramente político. Los estudios realizados en torno de la pasión del resentimiento han dejado en claro la fuerza de su existencia como detonante de la acción. Definido como intrínsecamente malo, el resentimiento se explica como el conjunto de pulsiones que se han acumulado negativamente y que surgen de la relación virtual o real con algún *otro* que resulta hostil a la afirmación del *yo*, y que por ende se convierte en el objetivo a destruir, ya sea fantasiosa o fácticamente.

En el presente ensayo se exponen algunos de los principales acercamientos que la disciplina política, el psicoanálisis, la filosofía e incluso la antropología han tenido respecto al resentimiento como uno de los principales detonadores de la acción humana, y más específicamente, de la acción política. A lo largo del primer apartado son relacionadas la definición multidisciplinaria de esta pasión y sus

incursiones en la materia política, básicamente, a partir de la interacción entre la imagen del *yo* y del *otro*, que a decir del psicoanálisis, se presenta como la primera ruptura de un sujeto que por consecuencia, se resiente.

La mirada que psicoanalistas como Sigmund Freud¹, Gustave Le Bon², y trabajos más recientes como el de Carlos Castilla del Pino³, Ronald D. Laing⁴ y Luis Kancyper⁵, arrojan sobre la pasión resentida, nos permiten profundizar en la estructura orgánica del resentimiento y entender, entre otras cosas, sus formas e implicaciones en los agregados políticos.

Con la dureza típica del pensamiento nietzscheano se abriría de forma profunda el pensamiento filosófico en torno al tema. Friedrich Nietzsche⁶ sería el encargado de advertirnos sobre la naturaleza resentida de algunos de los componentes de nuestra política moderna. Casi de forma inevitable, de la idea misma de una política con el manejo de un discurso alejado a la realidad, brotarían las primeras semillas de un resentimiento que se escondería tras los telones de los manifiestos impulsos de las acciones.

Una herida purulenta dividiría el discurso de un *deber ser* implantado, privilegiadamente, por los ideales igualitarios de la Revolución Francesa, y el *ser* limitado y desigual que la condición humana ha desde siempre determinado. Es en este sentido, que en el segundo apartado, se irán aterrizando los lineamientos generales entre el resentimiento y la política en el contexto político mexicano del año 2006, con el objetivo de recuperar una radiografía de la vena resentida que imbuiría las acciones emocionales de la multitud y el discurso inconsciente o

¹ Freud, Sigmund, *Psicología de las masas*, Alianza, 6ª ed., Madrid, 2005, 213 pp.

² Le Bon, Gustave, *Psicología de las multitudes*, trad. J.M. Navarro de Palencia, Editora Nacional, México, 1966, 271 pp.

³ Castilla del Pino, Carlos, et. al., *El odio*, Tusquets, España, 2002, 186 pp

⁴ D. Laing, Ronald, *El yo y los otros*, trad. Daniel Jiménez Castillejo, Fondo de Cultura Económica, 6ª impresión, México, 2002, 187 pp.

⁵ Kancyper, Luis, *Resentimiento y remordimiento*, Estudio psicoanalítico, Paidós, 1ª edición, Argentina, 1991, 155 pp

⁶ Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral*, Editorial Tomo, México 2002, 224 pp.

concientemente emanado de los líderes políticos del Partido Acción Nacional y el Partido de la Revolución Democrática.

Un recorrido por algunas de las características básicas de la actuación colectiva, y de los ingredientes propios de una política con uno de sus principales bastiones en la bandera de la igualdad y la justicia, dejaría al descubierto una de las importantes condiciones para la germinación del rencor exacerbado. Retomando apuntes de Pierre Clastres⁷, Fernando Savater⁸, Max Scheler⁹, Jorge Márquez¹⁰, entre otros, se integraría una aproximación a las condiciones previas, los componentes coyunturales y las exhibiciones a los que el discurso de tinte resentido correspondió permeando la participación política de las masas.

A través de la supuesta anulación de la distancia, de la pretendida negación de la jerarquía, del desencapsulamiento, se explicaría la generación de un sentimiento de una igualdad que sólo en una primer instancia confortaría las aspiraciones cotidianas de los individuos, pero que al momento siguiente, desataría las más violentas olas de agresividad sobre todo aquello que pudiera representar la desemejanza, la excepción a la regla, y que por ende, se manifestaba como el agravio a los lazos de sociabilidad, a la integridad del Estado y del *Orden*, a la supervivencia misma de la tranquilidad del sujeto.

La escisión de dos proyectos y grupos políticos representaría la reproducción a mayor escala de la encrucijada identitaria entre el *yo* y el *otro* del sujeto individual. La arenga política basada en la denostación del adversario mostraría, en repetidas ocasiones, algunas de sus primordiales bases en la experiencia esquizofrenica del resentimiento, que halla constantemente en lo externo la hostilidad a la verdad que lo habita y que le brinda la realidad que necesita para mantener sus deseos más perfectos.

⁷ Clastres, Pierre, *Investigaciones sobre Antropología política*, Gedisa, Barcelona, 1981, 255 pp.

⁸ Savater, Fernando, *El panfleto contra el todo*, Alianza, Madrid, 1982, 200 pp.

⁹ Scheler, Max, *El resentimiento en la moral*, Carrapós Editores, Barcelona, 1993, 181 pp.

¹⁰ Márquez Muñoz, Jorge F., *La envidia en la formación política del mundo moderno*, Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2006, 184 pp.

Dos sujetos representantes de los anhelos y los reproches de miles de simpatizantes a su postura, cumplieron de principio a fin con algunos de los elementos constituyentes de la dinamita psíquica que la pasión en cuestión demandaba. Un único objeto de deseo convertiría al *otro* en el obstáculo a eliminar a fin de poder satisfacer el deseo. La mimesis conflictiva se fomentaba odiando. Dos rivales idénticos matizaron su disputa con el tono de la negación del contrario, único camino viable para afirmar la causa propia como la mejor. Justamente aquí, cobraría sentido la articulación entre una multitud insatisfecha, ávida del encuentro culpables y de promotores de un discurso fundamentado en el señalamiento de éstos. Masa y líderes se ajustarían a las exigencias derivadas de un rencor añejo que el contexto prometía aliviar, al menos temporalmente.

El rival más expuesto, la unidad representante de los agravios, que ficticia o realmente se cometieron o amenazaban con cometerse contra la unidad colectiva que diera identidad a cada uno de sus miembros, sería identificada como la personificación de la injusticia, del *Mal* y en el fondo, de la derrota de los anhelos más individuales

Grupos enteros volcarían su resentimiento sobre el líder de la causa opuesta. La necesaria aniquilación política del adversario se mantenía como uno de los núcleos centrales de la participación colectiva. Abordada hacia el tercer apartado, la figura del *chivo expiatorio*, expondría, algunos de los más importantes motores pero también, imprescindibles velos, con que el resentimiento cubre lo que quizá se presenta como su principal fuente de fortaleza. En este espacio, los trabajos de René Girard¹¹ y de Pierre Clastres nos sugieren un vínculo interesante entre la sociabilidad y la identidad en relación a la comunidad, y el ejercicio de la exclusión y la figura del culpable único, como una de las explicaciones de la realización colectiva del resentimiento.

¹¹ Girard, René, *Mentira Romántica y verdad novelesca*, Anagrama, Barcelona, 1985, 282 pp.

Advirtiendo la importancia del resentimiento como impulsor de la acción, el cuarto apartado destaca la explotación que de esta emoción hiciera la *propaganda política* que fuera bombardeada en los discursos de los líderes y en los *spots* televisivos. La cita de fragmentos recopilados en distintos diarios nacionales contrastados con algunas explicaciones en torno al manejo de las palabras en las estrategias de propaganda, son expuestos en dicho apartado, a fin de focalizar algunas de las vértebras con las que el sentido pasional del discurso logró penetrar los pensamientos para influir, directamente, en la dirección de las acciones. Las palabras aparentemente inocentes de Felipe Calderón Hinojosa y Andrés Manuel López Obrador así como la de algunos personajes accidentales, como articulistas o colaboradores de ambas campañas, son comparadas con algunos de los ejemplares que Roger Muchielli¹² y Anthony Pratkanis¹³ ubican del lado de la propaganda que trabaja en sublevar los sentimientos más negativos de los individuos, consiguiendo, en considerables ocasiones, la derrota del adversario, tal como se demuestra en las encuestas y los dispositivos de medición de la opinión pública negativa respecto a los contendientes. Lo aparentemente común comienza así a insinuar un fondo que conjuga la emoción y la razón en la búsqueda de la victoria política.

En el apartado final de este ensayo, se sugiere la figura del voto como la imagen en la que aunque no todos, sí muchos, encuentran la oportunidad del castigo al culpable, que el resentimiento les exige. La posibilidad de la aniquilación simbólica del adversario mediante su derrota política, promete desfogar la carga agresiva que debido a su sublevación mediante la propaganda es ya insoportable de contener. Aliviados, aparentemente, sólo después de ver sucumbir y padecer al objeto-obstáculo, los sujetos se incorporaran a los más variados discursos emotivos o racionales justificando la naturaleza de sus acciones; mientras que

¹² Muchielli, Roger, *Psicología de la publicidad y de la propaganda*, Ediciones Mensajero, España, 1997, 238 pp.

¹³ Pratkanis, Anthony y Aronson, Elliot, *La era de la propaganda, uso y abuso de la persuasión*, Paidòs, Barcelona-Buenos Aires-México, 1994, 416 pp.

detrás del rechazo a la influencia del resentimiento, los enconos viejos y los nuevos rumían en la espera de un nuevo contexto propicio para su destello.

Las funciones que el resentimiento mantuviera en el escenario político mexicano no podrían limitarse de ninguna manera a la idea de pasiones inducidas en la propaganda. Tampoco sería adecuado hablar de una sociedad enteramente resentida o de líderes moldeados por esta pasión; antes bien, sería más oportuno considerar todas y cada una de estas posibilidades como elementos indispensables para que la injerencia del rencor encontrase en un contexto como el mexicano, tierra sumamente fértil para su manifestación.

Ahora, si bien es cierto que existen estudios importantes acerca de la vinculación entre el resentimiento y la política, su justificación teórica recae en ejemplos históricos propios de siglos o décadas pasadas, por lo que se presenta como una oportunidad fascinante el acercamiento a la explicación de la política actual, y más delimitadamente, de la política mexicana en el año del 2006, a través de la óptica de esta pasión. Hasta donde tengo conocimiento el fenómeno del resentimiento en la política mexicana actual, no ha sido observado ni de cierta manera descifrado, considerando las variables afectivas que determinaron los hechos del pasado 2006. Pese a que de forma casi obvia, el resentimiento se presentó en varias características del desarrollo de la contienda, y aunque el tema mereció importantes comentarios, no se trabajó a fondo el trascendente significado de éste.

El propósito del presente ensayo intenta desvelar cómo la gestación de las estrategias, proyectos, discursos, propagandas y acciones que caracterizaron el desenvolvimiento de la contienda electoral del 2006, expuso en todo momento una deuda ineludible con el factor subjetivo de los personajes y grupos involucrados. Factor dentro del cual, el resentimiento fungió como una de las emociones fundamentales para la generación de la acción política que se presentó cotidianamente en el escenario electoral mexicano del 2006.

La radicalidad de los discursos, la polarización de los grupos, las posturas de los líderes se vincularon de forma fundamental con los usos del resentimiento. En consecuencia, la importancia política de esta pasión, puede derivarse del desnudamiento de los motores psíquicos y subjetivos de la acción creadora de una realidad que sigue siendo preciso analizar desde cualquier perspectiva ofrecida. El resentimiento se propone así, como la pulsión mediante la cual es posible abordar el ser del mexicano.

I

*Mis ideas son muy serenas. Y no tengo más deseos que estos:
una modesta choza con el techo de paja,
pero una buena cama, buena comida leche y mantequilla - muy frescos -,
flores en el alféizar de la ventana y bellos árboles afuera;
y si el Señor quiere hacerme completamente feliz, me conceda la alegría
de ver colgados de esos árboles seis o siete enemigos míos.
Antes de que mueran yo, muy conmovido, les perdonaré todo el mal que me han hecho en vida.
Sí, hay que perdonar a los enemigos, pero no antes de haberles visto horcados.*

De *Gedanken und Einfälle*

Heinrich Heine¹

En su obra *De cive*, Thomas Hobbes, señala cuatro facultades humanas fundamentales: la fuerza física, la experiencia, la razón y las pasiones, encontrando en estas últimas, a la única capaz de controlar y condicionar de forma total, la conducta del individuo. Pero además del autor del *Leviatán*, innumerables pensadores clásicos hallaron en el tema de las pasiones una fuente de importantes explicaciones sobre la acción individual y colectiva del hombre. Tal relevancia ha sido abordada también en la ciencia política contemporánea por referentes obligados como Jon Elster², Remo Bodei³ y el mismo Robert Dahl.⁴

Manifiestamente, entre los objetivos fundamentales de la ciencia política, como ciencia de lo social, se encuentra la constante búsqueda de un conocimiento

¹ Heine, Heinrich citado en *La culpa. Consideraciones sobre el remordimiento, la venganza y la responsabilidad* de Roberto Speziale-Bagliacca, Asociación Psicoanalítica de Madrid, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, p. 48

² Elster, Jon, *Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones*, Barcelona, Paidós, 2002.

³ Bodei, Remo, *Geometría de las pasiones. Miedo, esperanza y felicidad: filosofía y uso político*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, 682 pp.

⁴ Robert Dahl, *On political equality*, Yale University Press, 2006, 160 pp.

derivado del entendimiento, la explicación y las conclusiones desprendidas por una realidad configurada mediante la significación y conexión entre las acciones de los hombres; acciones irreductiblemente determinadas por la naturaleza racional y emocional de los mismos.

Lo mismo la razón que las pasiones humanas funcionan como el motor psicológico generador de concepciones y acciones que, al relacionarse y compartirse dentro de una colectividad, producen, reproducen y legitiman las estructuras institucionales, discursivas o relacionales que hallándose insertas en la lógica de lo social, constituyen el andamiaje mismo de lo político.

Al definir la realidad nos definimos a nosotros mismos. Por ende, las particularidades desprendidas por las interacciones efectuadas entre el sujeto (como unidad psíquica individual) y el objeto (imagen o presencia externa) determinen la configuración de ésta. La racionalidad y las emociones aparecen entonces como esos elementos capaces de generarnos una noción y una organización mental de la realidad que nos circunda. A decir del psiquiatra y filósofo Carlos Castilla del Pino, “una vez que recibimos la información de los objetos de la realidad externa e interna la organizamos a *nuestro modo*.”⁵ A través de la parte racional organizamos los objetos por clases y a partir de las emociones los distinguimos afectivamente, distinción que ha sido denominada como: *organización subjetiva de la realidad*.

Con base en lo anterior es que no podemos hablar de una división tajante entre las pasiones y la razón. Antes bien, se sugiere repensar hasta qué punto la pasión (como el agregado psicológico *interno*) predispone al sujeto en su clasificación cognitiva del mundo *externo*, posibilitando así que el conocimiento racional adquirido se presente como el resultado de una proyección valorativa.

⁵ Castilla del Pino, Carlos, *El odio*, Tusquets Editores, Barcelona, 2002, p. 16

En consecuencia la organización de la realidad se presenta como una respuesta necesaria a los constantes estímulos externos; siendo de cierto modo, una forma de *reacción* ante el reconocimiento de las alteridades . A partir del primer momento de la identificación, el encuentro de las alteridades conllevará a las ya señaladas interacciones, generadoras de la acción y la reacción, y delimitantes del dentro y el fuera. Así pues, en este juego de enfrentamiento o de oposición a la alteridad es que se manifiestan el amor y el odio, dos órdenes de pasiones fundamentales del hombre, consideradas por algunos autores como las fuentes básicas del conglomerado afectivo del ser. Entre los partidarios de tal premisa, encontramos a Jacques Lacan, quien consideraba que ambas “afloran en el terreno de las representaciones en las que el sujeto forja su *yo* como lo que cree ser, como su imagen y en las que el sujeto forja lo que puede asimilar de los otros.”⁶ De tal suerte que el amor y el odio diseñan las oportunidades y peculiaridades del *ser en relación a*, de cada sujeto.

Ahora bien, el odio y no el amor se presenta como la pasión vituperada y frecuentemente poco reconocida en su injerencia en esa *organización subjetiva de la realidad* de la que ya se ha hablado. Jorge Márquez ha apuntado acerca de la envidia, otra de las pasiones desdeñadas por el pensamiento benevolente, que “las democracias modernas se enfrentan con ella, el teatro de las elecciones intenta regularla, pero los actores no responden al libreto.”⁷ Justamente es así que en el terreno de lo político, la existencia de un libreto escrito con la pluma de la tolerancia, pretende eliminar de la realidad una de las pasiones correspondientes al segundo orden que indiscutiblemente aparece como uno de los más importantes motores para la acción política: *el resentimiento*.

Pasión que Max Scheler ha definido como “una autointoxicación psíquica, con causas y consecuencias bien definidas. Es una actitud psíquica permanente; que surge al reprimir sistemáticamente ciertas emociones y afectos, los cuales son en

⁶ *Ibid.*, p. 39

⁷ Márquez Muñoz, Jorge, *La envidia en la formación política de un mundo moderno*, Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F. , 2006, p. 153.

sí humanos y pertenecen al fondo de la naturaleza humana.”⁸ El resentimiento tiene por consecuencia ciertas propensiones permanentes a engaños valorativos y juicios de valor correspondientes. A esta pasión no sólo se le han depositado las etiquetas de lo irracional, sino además de lo insano, lo pervertido, lo repudiable, y aunque desconcierte en la terminología política, de lo inmoral. Lo cierto es que en esta emoción se halla una de las principales fuentes de la acción racional, en términos del cálculo del individuo inmerso en el armazón político.

Sujeto a esta pasión secreta, controlada, paciente pero profundamente irascible, el resentido apuesta por la destrucción absoluta del objeto de su odio, apuesta por su negación. Calculadamente, mientras rumia sus rencores, el resentido planea las acciones necesarias para compensar esa falta que hiere su identidad al crearle una división entre su ser real y su ser ideal, y que se manifiesta ante su mirada como la consecuencia *lógica* de la mera presencia de esa alteridad ajena que por ese mismo carácter, es odiada.

El psicoanalista Luis Kancyper define al resentimiento como “el amargo y enraizado recuerdo de una injuria particular, de la cual desea uno satisfacerse. Su sinónimo, rencor, proviene del latín, *rancor* (queja, querella, demanda). Es la resultante de humillaciones múltiples ante las cuales las rebeliones sofocadas acumulan sus *ajustes de cuentas* tras la esperanza de precipitarse finalmente en actos de venganza.”⁹ Es así que mediante el daño real o ficticio padecido por el sujeto se elabora la existencia del típico resentido, que habrá de asumir como precondición ineludible, el papel de la *víctima privilegiada*, que entre otras cosas resulta de la combinación entre la conveniente sospecha de ser o haber sido injustamente lesionado en su integridad y la impotencia de tomar venganza en el momento mismo en que el daño se perpetra.

⁸ Scheler Max, *El resentimiento en la moral*, Carrapós Editores, Barcelona, 1993, p. 27

⁹ Kancyper, *Resentimiento y remordimiento, Estudio psicoanalítico*, Paidós, 1ª edición, Argentina, 1991, p. 17.

Los mecanismos de equilibrio sugeridos por una modernidad tapizada con los discursos de la tolerancia y de los arreglos institucionales basados en la razón, aparecen entonces como insuficientes para resolver el sentimiento del agravio y quizás menos aún, para facilitar la superación de la impotencia. Antes bien, podría advertirse una modernidad cómplice del resentimiento, una incubadora de ideas y acciones características del hombre resentido.

En su crítica de los conceptos políticos modernos, el filósofo Friedrich Nietzsche, es capaz de concebir la constitución ósea del resentimiento, esa que corresponde a una insatisfacción con la realidad, a una sensación de merecer más de lo que se tiene, de envidiar no la fortaleza sino al fuerte y por tanto, de buscar su destrucción real o imaginaria, nivelándole, erradicándole al menos en el discurso o, como comúnmente se dice, *matándole políticamente*.

Ante los ojos de Nietzsche, la política moderna aparece en sí como una *política de la venganza*, caracterizada por el ejercicio de un poder único derivado de la impotencia múltiple; un poder surgido de una trágica e incluso cómica inversión de los valores, que removi6 la escala de la jerarquía, colocando en la cima al asceta sacerdotal, que para el autor constituye la imagen suprema del resentimiento. Así, mientras que el *pathos de la distancia* se elimin6, el instinto de rebaño invadi6 el espacio de la política y de la vida misma. “En el sentido más decisivo y más profundo de la Reforma protestante, Judea volvió a vencer otra vez sobre el ideal clásico, con la Revolución Francesa: la última nobleza política que había en Europa, la de los siglos XVII y XVIII *franceses*, sucumbió bajo los instintos populares del resentimiento; jamás se escuchó en la tierra un júbilo más grande, un entusiasmo más clamoroso(...)el ideal antiguo mismo apareció en carne y hueso y con un esplendor inaudito ante los ojos y la conciencia de la humanidad ¡y una vez más, bajo la vieja y mendaz consigna del resentimiento que se tenía respecto de la *primacía de los más*, frente a la voluntad de descenso, de rebajamiento, de nivelación, de hundimiento y crepúsculo del hombre, resonó más fuerte, más simple, más penetrante que nunca, la terrible y fascinante anti-

consigna del *primado de los menos...*"¹⁰ Para Nietzsche todos los conceptos y valores erigidos por la modernidad tienen su fuente real en la debilidad, la negación. Justicia, igualdad, libertad y otras categorías con tinte político, son en el fondo la búsqueda de la igualación, la venganza imaginaria contra los espíritus fuertes, la afirmación que únicamente puede surgir de la negación del otro, una reacción que se esconde tras el discurso de la humanidad.

En la mitología griega las pasiones consideradas del tipo negativo, como la discordia, la orejiza, el resentimiento y el odio eran representadas por *Eris*, hermanada, pero al mismo tiempo opuesta y reducida a la ignominia por otra divinidad, *Eros*. De la misma forma que en la antigüedad, el discurso manifiesto erige hoy sus pilares en el simbolismo del amor, pero una explicación latente sigue dando sentido al murmullo imposible de descifrar mediante la religiosa sentencia del *amor al prójimo como el amor a sí mismo*, laicizada y revestida, por cierto, en la era de las democracias, con el motativo de la *tolerancia*. Una y otra vez *Eros* opacando a *Eris* en la génesis del discurso, sin lograr aún destruirle en el ejercicio. La pelea implícita entre las contrapartes de una sola imagen desdoblada en el caso de las divinidades griegas, nos brinda la luz necesaria para el análisis de la esquizofrenia figurativa padecida por el resentido.

El resentimiento igual que el amor sucede a partir de la relación con el *Otro*. Entendida desde la perspectiva nietzscheana como la causa de una *re-acción*, esta pasión (del latín tardío *passionem*, acusativo de *passio*), explicativa de la acción de padecer, surge del contacto con una alteridad, que es interpretada como una amenaza para la existencia propia. La continua insatisfacción del resentido se ve reforzada con el retrato de ese ajeno que parece poseer todo aquello de lo que a él se le ha privado. En el *Otro*, el resentido encuentra la explicación y la razón de ser de su sufrimiento. En términos de necesidad y de negación la alteridad justifica y paradójicamente, da fuerza a la impotencia del resentimiento.

¹⁰ Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral*, Editorial Tomo, México 2002, p. 61

El *pathos de la distancia* es devorado por la vertiente de la *proximidad*, en lo que Sigmund Freud llamara el *narcisismo de las pequeñas diferencias* encontramos el principio de la división entre el yo y el otro, que produce el sentimiento de la amenaza contra la unidad. Todo tipo de sentimientos hostiles, entre ellos el rencor, detonan ante el idéntico que ocupa el lugar que el desposeído cree merecer. A decir de Rene Girard , “al igual que en la tragedia griega o que en la religión primitiva, no es la diferencia (*Degree, gradus*) , sino más bien su pérdida lo que ocasiona la confusión violenta. La crisis arroja a los hombres a un enfrentamiento perpetuo que les priva de cualquier carácter distintivo, de cualquier identidad.”¹¹ El otro es observado, es o posee los objetos del deseo, se transforma en un modelo de identificación (se es como él o se es distinto a él) y paralelamente, en un obstáculo en potencia para la realización plena de la existencia propia.

Es el anhelo de unificación, de destrucción o absorción del *Otro*, que es uno demasiado próximo, lo que desata el desorden que el sistema organizado de las diferencias pudo antes contener. El individuo pierde su identidad y las *grandes diferencias* que le permitieron situarse en relación con los otros. Con la destrucción del sistema organizado de las diferencias, inicia el conflicto generalizado, “se ve alineados no sólo a los hombres y a las instituciones, sino también a las facciones divididas de la voluntad y al mundo hormigueante de las pasiones y los deseos que viven en los individuos(...)La degradación, una vez tocando fondo, se disuelve en una *destructio destructionis*.”¹² La exasperación del odio se hace presente, la condición de víctima privilegiada prevalece.

Desaparece el orden y ante el caos de la realidad, el resentido padece, real o imaginariamente, el despojo y el agravio. La insatisfacción con lo poseído incita su rencor. Las contradicciones destronan la estabilidad, pues mientras en el plano de la igualdad discursiva, el hombre puede desearlo todo, en el de el ejercicio del

¹¹ Girard, René, *La violencia y lo sagrado*, trad. Joaquín Jorda, Anagrama, Barcelona, 1983, p. 58

¹² Bodei Remo, *Op. cit.*, p. 88

poder no todo le es apropiable. Spinoza advierte sobre el resultado pasional entre dos posturas irreconciliables, pues “deseando por un lado los hombres tener más, y temiendo por otro, perder lo que tienen, se llega a la enemistad y a la guerra...” (*Discursos*, Spinoza, I, 37, p. 120)¹³ A propósito, acertadamente subraya Remo Bodei, que “es dentro de este espacio de *descontento*, dentro del abismo que separa el desear todo y el no poder conseguirlo, donde se instala la *política*, especialmente la moderna, en su recurrir a ilusiones y a apariencias necesarias.”¹⁴ Va delineándose así la figura de una política moderna como el medio para destensar el conflicto que la pérdida de las diferencias ha originado, pues es justo en la modernidad donde la existencia de la jerarquía se convirtió en algo censurable y donde el asistimiento al discurso y a las apariencias normativas han pretendido solventar lo que, desde el principio natural, se torna irresoluble.

El lema unificador de la Revolución Francesa instauro en la historia moderna una de las más importantes fracturas entre el ser y el deber ser social, el orden cósmico y cultural hasta entonces mantenido, es trastornado bajo la consigna de la igualdad. El estamento, la posesión y hasta la identidad del *burgués*, son arrancados por el ejército de un *idéntico* desposeído hasta ese momento; el caos del no saber quien se es, igual que en los mitos griegos, reinicia.

El resentimiento sembrado por una realidad que fractura la identidad y genera descontento, se materializa en una alteridad que es preciso erradicar o absorber. Con el objetivo de tomar por la fuerza lo que quizá hasta la naturaleza ha negado, la energía del resentido detona en revoluciones y pugnas intestinas. Hecho que Nietzsche enfatizaba al señalar que “la historia humana sería una cosa demasiado estúpida sin el espíritu que los impotentes han introducido en ella.”¹⁵ El establecimiento de modelos con el carácter de derechos a los que la naturaleza y la historia por sí mismas no dieron lugar, se convirtió en la estratagema que el resentimiento del siglo XIX utilizó para la nivelación de los hombres. La popular

¹³ Spinoza citado en Bodei, Remo, *Ibid.*, p. 182.

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ Nietzsche, Friedrich, *Op.cit.*, p. 32

máxima que hasta hoy reza que, *todos tenemos los mismos derechos porque todos somos iguales*, se sentenció como única y necesaria verdad para la convivencia entre los hombres. A partir de entonces, la desigualdad comenzaría a ser vista como la prueba insoportable de la injusticia, toda lógica natural hubo de ajustarse a los estatutos del *deber ser*, que la revanchista justicia social, reivindicaba.

II

La Revolución Francesa lograba heredar a nuestro presente, no únicamente el discurso humanista y unificador, sino además, los principios legales sobre los que han de erigirse los gobiernos que en el mundo defiendan la nominación democrática. De esta misma herencia, se convierte en deudor el sistema político mexicano, que junto con otros, aparece como ejemplo valioso para el análisis del resentimiento en el ejercicio del poder.

Desde mi punto de vista es de manera importante en el episodio histórico relatado por la política electoral mexicana del 2006, en donde la acción y la reacción, la pertenencia y la exclusión, la existencia de discursos promotores de valores desligados de la realidad, figuras todas fundamentales en el cuerpo del resentimiento, pero también características básicas del juego del poder, comienzan a cobrar sentido. Esto, más que una coincidencia, intenta revelar una correspondencia ineludible.

Igual que la Francia del siglo XVIII, el escenario político mexicano del pasado 2006, precisó de un ingrediente indispensable para la actuación del resentimiento: la existencia de un sistema democrático *paranoide* con un efectivo divorcio entre un discurso y una realidad prestos a mimetizarse en la búsqueda de una afirmación asequible mediante el rechazo de la otredad.

Al respecto, Jesús Silva Herzog Márquez apunta: “La emoción predominante de nuestra política es precisamente el resentimiento. El resentimiento mueve la acción, magnetiza el discurso. Los movimientos de los protagonistas encuentran en esa indignación su origen profundo. El discurso político no dispara al futuro con imaginación; se maniatra rencorosamente al pasado. No alude al interés general, se sujeta a las inquinas personales. Una y otra vez escuchamos el discurso de los resentidos (...) Obsesivos, no se apartan nunca de su villano. Retórica tan

apasionada como mezquina, desahoga frenéticamente su inquina contra el traidor, el villano, el tramposo que un día abusó de ellos. El resentimiento da dirección a la vida pública mexicana. La congregación de resentimientos agrupa las lealtades relevantes. Las ideas sobre el mundo, el comercio, las instituciones, la igualdad son irrelevantes para acercar y separar proyectos y grupos. El modernizador puede respaldar al reaccionario si éste puede escarnecer a quien lo estafó. El pegamento de las nuevas lealtades no está en los ideales compartidos sino en el rencor.”¹ Los acontecimientos políticos del año pasado se convirtieron en el escenario en el que la coartada de la tolerancia y la racionalidad, aparentemente ejercida por los ciudadanos conquistadores de una transición democrática desde el año 2000, sucumbía.

Las divisiones intestinas de la sociedad mexicana quedarían en clara evidencia en el proceso electoral del año 2006. El discurso político figuró como uno de los tantos espacios catárticos para el resentimiento y, aunado a esto, a la cabeza de las dos principales fuerzas políticas del país, se colocarían efectivos representantes y ejecutores de la estrategia del odio: los candidatos del Partido Acción Nacional y de Partidos afiliados a la Coalición por el Bien de Todos, Felipe Calderón Hinojosa y Andrés Manuel López Obrador, respectivamente.

La necesidad imperiosa de expulsar el odio generado por las frustraciones cotidianas y la violencia inherente a la naturaleza humana, encontraría una salida en las alegorías del montaje político del año 2006. La ansiedad violenta por la realización concreta de una venganza imaginaria surgida de la impotencia, tomaba partido. Valiéndose de los medios determinados por el racional y respetuoso juego político, la sociedad mexicana destapaba sus insatisfacciones y, paralelamente, se autoproclamaba como la encomendada a conseguir la justicia para todos y de consolidar la democracia en nuestro país. De inmediato, uno de los principales atributos del resentimiento se hizo presente: el *deber ser* se colocó como la

¹ Silva-Herzog Márquez, Jesús, “Cartografías del resentimiento” en *Reforma*, 26 de septiembre del 2005.

necesidad y la solución a los agravios y las injusticias sufridas por los mexicanos desde un pasado ya muy lejano.

Igual que como actuaría cualquier masa, la mexicana, se lanzó con avidez en la búsqueda de la unificación total. Para ello, precisó de esa figura extranjera que en todas las guerras históricas funcionó para cohesionar a la comunidad, pero que al ubicarse en la época de la democracia pacífica, su encuentro se volvió imposible. Así que el enemigo se buscaría dentro: el antisemitismo en el que el imperio germánico encontró su complemento era construido en la escena mexicana con la existencia del adversario político. La igualdad-proximidad alegada en el discurso de la democracia mexicana y en las categorías legales de la República en general, posibilitaron que el resentimiento se proyectara hacia todas partes.

En realidad, las posturas políticas y sus representantes comenzaron a figurar únicamente como el canal favorable para la expresión de la impotencia y del odio hacia cualquier otro. Sin menoscabo alguno, los estrategas de la campaña electoral explotaron el encono histórico, incentivando y direccionando el rencor hacia el adversario político, mientras, se consolidaban las bases políticas propias. Siguiendo la descripción psicoanalítica hallaríamos en todo esto sólo una muestra clara del mencionado *narcisismo de las pequeñas diferencias*.

A merced del resentimiento, el individuo, el grupo o la masa, crean lazos de identificación que parten de su compartido descontento y dan luz a categorías normativas y leyes que compensan (en su acción vengativa), la impotencia sufrida, y que contienen en sí mismos, el principio de la reacción y la semilla del resentimiento. Los diferentes son desposeídos de la posesión que los diferenciaba, los iguales comparten la alegría de la revancha, y en la igualación, se cimientan las bases de un nuevo sistema político. La cohesión entre los miembros se da, necesariamente, por fuerza de la coacción externa.

El amor a lo idéntico se convirtió en la causa y consecuencia del odio a lo distinto en términos de posición política. El rechazo se intensificó contra lo cercano más que contra lo fundamental. En la naciente democracia mexicana, la necesidad del *sentimiento* de igualdad requirió de un proceso precedente: el *desencapsulamiento* propio de la modernidad, al que Jorge Márquez describe “como un proceso gradual de deservertización, en el cual pierden legitimidad las jerarquías pero aun reina la desigualdad”²; y con el cual Peter Sloterdijk cree “comienza la transformación de toda diferencia vertical en diferencia horizontal.”³ El cambio de dirección resulta siempre insuficiente para la eliminación de las diferencias, de aquí que la insoportable fractura entre los postulados deontológicos y la realidad inmediata doten al resentimiento moderno de la fuerza elemental para determinar los acontecimientos políticos.

Una revisión histórica sobre la integración de la sociedad mexicana manifiesta a todas luces la ruptura entre el *ser* y el *deber ser* que se complementan al explicarla: el *no llegar a ser del todo*, perteneciendo paralelamente a los herederos del odio y, a la raza odiada, destrozaría la individualidad del mexicano, minimizando la definición de su existencia y abriendo una herida en la que se depositaría una de las primeras semillas del resentimiento producido por la impotencia de poder *ser* completamente.

Aunque durante décadas la aparición del actor sin identidad concreta fue la regla, en tiempos más recientes ese mismo actor adquiriría una nueva certidumbre de referencia existencial, la del ser para ser *ciudadano*, categorización que en primera instancia únicamente solventó sus carencias identitarias pero que partir de año 2000, sería insuflada mediática y propagandísticamente, creándose paulatina y sólo tal vez inconscientemente, la imagen de un mexicano que se supo entonces impotente para rebasar su circunstancia pero poseedor del resentimiento suficiente para pretender modificarle mediante su acción masificada y vengativa.

² Márquez Muñoz Jorge, *La envidia en la formación política de un mundo moderno*, *Op. cit.*, p. 6

³ Sloterdijk, citado en Márquez Jorge, *Ídem*.

La impotencia como condición del resentimiento encontró en el sentimiento de la multitud un camino a la compensación (efectiva o imaginaria) de la pérdida que le causase la existencia de algo ajeno y regularmente, superior a él mismo.

La dimensión agresiva del mexicano rebasaría las cuatro paredes de su habitación masificándose y manifestándose en la constitución de dos grupos políticos con un mismo objeto de deseo manifiesto: el poder presidencial para su líder. Aunque a simple vista se pensara en esto como la finalidad primordial, el desarrollo de los hechos evidenciaría la multiproyección de una pasión con el inequívoco fin del rencor, la destrucción y la humillación de la alteridad disímil. El móvil de la participación ciudadana se reduciría más de una vez a un mero estado catártico del añejo odio.

Agregándose a una de las dos masas políticas, representadas por el *Partido Acción Nacional* o el bloque de la *Coalición por el bien de todos*, el individuo promedio encontraba la oportunidad transitoria de escapar a su impotencia individual. Ya en su *Psicología de las multitudes*, Gustave Le Bon analizaba la importancia de la muchedumbre como fuente generadora de poder, señalando que “el individuo en muchedumbre adquiere por el sólo hecho del número, un sentimiento de poder invencible que le permite ceder a instintos que solo, hubiera seguramente refrenado.”⁴ Y agrega que “para el individuo en muchedumbre, la noción de imposibilidad desaparece (...) el obstáculo inesperado será deshecho con rabia.”⁵ El idéntico deseo inicia la mimesis conflictiva que se desata cuando la existencia del otro, que nos es tan cercano, se convierte en el obstáculo mismo de la realización propia.

Independientemente de la correcta o equivocada atribución de la culpa por los agravios y la impotencia padecida, el resentimiento nace hambriento de dirigirse a

⁴ Le Bon, Gustave, *Psicología de las multitudes*, trad.. J.M.Navarro, Editora Nacional, México, 1966, p. 38

⁵ *Ibíd.*, pp. 48, 49

toda diferencia que amenace la integridad narcisista del grupo, caracterizada por el nivel igualitario de capacidades y de posesiones.

El conflicto iniciado por el deseo metafísico se intensifica en la medida en que el *otro* nos es mas cercano. El resentimiento se proyecta hacia aquel que nos es igual en los postulados del deber y que sin embargo, difiere en aspectos aparentemente menores pero determinantes en la distribución de la jerarquía real.

El resentido busca mediante los conductos legales, establecidos por él mismo, revertir los daños causados por la injusticia que el azar y la naturaleza parecen haber diseñado. Un querer tomar por la fuerza lo que no se le ha otorgado por causas reales, se convierte en su voluntad. Toda desigualdad, ya sea surgida por el mérito o por las disposiciones intelectuales o físicas, se presentan ante sus ojos como la prueba contundente de la infamia y la trampa. El resentido hurgará cada posibilidad para revertir las ilegalidades ejercidas a su unidad colectiva.

Kancyper afirma que: “En el *ámbito de la libido yoica*, el sujeto resentido presenta un aumento de su sentimiento de sí a partir de una herida narcisista que no cicatriza. Esto es causa de un orgullo tanático que nutre la vulnerabilidad arrogante, lo que legaliza ante sí mismo y ante los otros sus justificados y omnipotentes derechos.”⁶ Aquel que se muestra frente al espejo incentivando sus deseos y paralelamente se opone para la consecución de los mismos, se convierte automáticamente en el enemigo que deberá ser inmolado en el nombre de la justicia y del orden, ese orden que no refiere otra cosa que la agregación de los idénticos y la expulsión de la diferencia. Ya que como Jorge Márquez señala: “En el fondo, las pasiones por la justicia, son tendencias psicopolíticas que atañen a la construcción social de la identidad del sujeto y lo presentan como un egoísta o bien, como un justiciero envidioso.”⁷

⁶ Kancyper, *Op. cit.*, p. 27

⁷ Márquez Muñoz , Jorge, “La envidia en la Revolución Francesa” en *Razón clínica*, N° 13, 14 de junio del 2004, disponible en www.politicas.unam.mx/razonclinica/ consultado en: diciembre del 2005

Ante la insoportable existencia del hermano odiado, la alternativa de la política aparece como el antídoto de la violencia cruenta. Pero ella misma no hace sino fungir como el brazo de un Estado sustentado sobre reglas orientadas a la negación de la lucha por el poder y sobre la falsa presunción de una heterogeneidad capaz de convivir pese al yugo de la jerarquía. Una política cuya función se reduce al cabildeo de las iras y a la promoción de la ideología que la máquina estatal, parida por el resentimiento, decreta como el discurso rector para el disimulo del conflicto.

Mediante la cohesión de la masa y la coacción hacia los externos, el fortalecimiento del Estado se incrementa; la igualación de las unidades se convierte en un dogma constitucional que caracteriza a una democracia que, mediante el discurso de la tolerancia, aniquila al contrario. A decir de Ayala Blanco, “el razonamiento es el siguiente: si la democracia representa el todo, si es el equivalente que todo gobierno quisiera poseer, no puede existir algo que no coincida con ella, dejaría de ser democrático, sería algo que estaría cometiendo el más atroz de los crímenes: introducir un elemento no homologable.”⁸ El individuo se ve superado por la sociedad y el permisible bienestar de ésta se convierte en el subterfugio de los malestares individuales. La envidia se desvanece en el espacio donde todos se vuelven infelizmente análogos.

El *Leviatán*, como único poseedor legítimo de la violencia, funge como el aparato racional que determina las salidas autorizadas del odio acumulado. Como catalizador de las pasiones indeseables, la máquina estatal impulsa, a conveniencia, el dispositivo pasional inconsciente del individuo, reactivando en él al *lobo universal* que se convierte en la amenaza necesaria para facilitar la unificación de su rebaño.

⁸ Ayala Blanco, Luis Alberto y Marroquín, Citlali, *El poder frente a sí mismo*, Sexto Piso, México, 2003, p. 32

Mediante su naturaleza etnocida⁹ el Estado deposita su “fuerza centrípeta, sí las circunstancias lo exigen, en aplastar las fuerzas centrífugas inversas (...) no reconociendo más que ciudadanos iguales ante la Ley.”¹⁰ El proceso de integración de lo *suyo*, demanda la disolución de los desniveles que por el simple hecho de serlo se vuelven perniciosos. El estado etnocida, el único que puede existir según Clastres, comparte la misma fuente del resentimiento, la negación de la *otredad*, que de antemano supone como una amenaza para su configuración.

Los individuos se aniquilan formalmente en la masa social de la que surge el poder estatal, originado como la contraparte indispensable a su existencia. La voluntad de los muchos se adhiere a la única admisible: la *voluntad del Estado*. A partir de entonces, la división de la que nace la maquinaria estatal representara automáticamente la primera jerarquía, entre gobernantes y gobernados, que pese a su manifiesta existencia, será una y otra vez negada en el discurso de la *Unidad*.

No obstante, los términos del poder estatal continúan oscilando de una u otra forma en los límites de una medianía resentida, que sólo admite delegar su poder a aquellos con los que encuentra denominadores comunes, es decir, a administradores imbuidos en la lógica del resentimiento, y a los que por ende, identifica como sus semejantes. De ahí que éstos resulten, en múltiples ocasiones, excepcionales ejemplares políticos de la impotencia, o como en el caso del escenario que nos ocupa, hábiles manipuladores del discurso y la masificación del resentimiento. Pues como Savater señala “Los que se tienen por ‘fuertes’ o ‘poderosos’ en el actual Estado no pueden tampoco acusar a nadie lícitamente de resentimiento, pues ellos mismos no hacen sino administrar de modo cada vez más condicionado ese Capital de rencor que se resiente *acumulativamente* de la pérdida de fuerza propia en Poder delegado.”¹¹

⁹ En las palabras de Pierre Clastres, “el etnocidio se refiere ya no a la destrucción física de los hombres (en este caso permaneceríamos dentro de la situación genocida) sino a la de su cultura. El etnocidio es pues la destrucción sistemática de los modos de vida y de pensamiento diferentes a quienes llevan a cabo la destrucción.” Clastres, Pierre, *Investigaciones en Antropología política*, gedisa, Barcelona, 1981, p. 56

¹⁰ *Ibid.*, pp. 60, 62

¹¹ Savater, Fernando, *El panfleto contra el todo*, Alianza, Madrid, 1982, p 170.

De esta forma, se nos presenta el Estado mexicano en el año 2006, con una tradición histórica republicana adquirida mediante su apuesta a la democracia, luego de algunos ensayos gubernamentales que le tomaran más de un siglo. Recuperando la tradición francesa, vuelta ya consigna mundial, el gobierno democrático fijaba sus bases en principios universales como la justicia, el orden, pero sobre todo, la igualdad.

El mexicano, creyó encontrar en esta modalidad de gobierno, oportunidades que en su pasado le habían sido negadas. Mientras que por un lado, se ofrecía con la recuperación de la *totalidad mítica* el pronto el resarcimiento de la original ruptura con la divinidad, por el otro, la ley de la unidad mental del tipo democrático garantizaba, en apariencia, la nivelación de toda potencia que pudiera despuntar de la mayoría y que por tanto, encarnara la posibilidad del dominio cínico de los unos sobre los otros.

Sin embargo, la presunción de una democracia en ciernes no fue suficiente para rebasar la ineludible realidad jerárquica. La creación de un sistema legal esquizoide se convirtió en el primer imperativo para martillar las discrepancias. El resentimiento generado por el padecimiento de jerarquías enraizadas en el andar de la historia se vieron resueltas mediante la exigencia de una igualdad que fue adoptada como la verdad unilateral establecida por la Nación. El carácter de sus fantasías vengativas tomaron el matiz del *deber*, fundando su propia legalidad tras cristalizar esta pasión en dogmas constitucionales que hicieron de la igualdad un derecho y una obligación entre los miembros de la sociedad, mientras que paralelamente, le eximieron de la culpa que en condiciones normales surgiría de su compulsión por el etnocidio de la alteridad .

Scheler se pregunta: “¿Quién no ve que tras la exigencia de igualdad, al parecer tan inofensiva –ya se trate de la igualdad moral o de la económica, moral, social, política, eclesiástica-, se esconde única y exclusivamente el deseo de rebajar a los

superiores, a los que poseen mas valor -según la escala valorativa- , al nivel de los inferiores. Nadie que se sienta en posesión de la fuerza o de la gracia exigirá la igualdad en el juego de las fuerzas, en ninguna esfera de valor. “¹² La cohesión del grupo incita a todos a respetar las reglas determinadas por la exigencia de un compromiso asumido entre iguales con capacidades, competencias y opiniones del mismo peso frente a la ley.

Aceptando ajustarse al mínimo denominador común que Scheler identifica con el nivel *moralmente ínfimo*, el sujeto busca la distensión del conflicto que implica la mera existencia de una fuerza superior. A través del aparente triunfo de la razón sobre la pasión se garantiza la permanencia del marco de referencia que solventa la intolerable impotencia de la masa social en que se agrega.

La expulsión del odio acumulado históricamente por el padecimiento de la jerarquía de culturas, castas, y finalmente, clases sociales, pretendió ser resuelta mediante la institucionalización de la *igualdad entre los ciudadanos*. Sin embargo; la correspondencia entre los cánones de la naturaleza y la realidad mexicana han develado el prevalecimiento del *homo hierarchicus* sobre el *homo aequalis*. La fractura entre el deber ser de la igualdad y el ser de la diferencia, generan pues, esa culpa que el hombre resentido busca proyectar hacia la alteridad rival.

Así, precisando de los vaivenes del odio, la política mexicana ha articulado las relaciones, realidades e ideologías que le sustentan. De manera clara, los credos repetidos por el discurso igualitario y democrático adoptado por el Estado, se han visto rebasados por la natural disimilitud entre los hombres; pero además, por la posición inequitativa que en el sistema ocupan los supuestos semejantes. El sentimiento de culpa desprende inmediatamente dos vertientes, por un lado, el padecimiento inherente a la sensación de la no pertenecía que conlleva al desquiciante encuentro con la imperfección del mito de la totalidad eterna y, por el otro, al estremecimiento de una impotencia generada frente a ese otro que se

¹² Scheler Max, *Op.cit.* , p 142

convierte en la razón de los males propios, en el objeto idóneo para el derroche de una culpa emanada de la imposibilidad misma del ser.

En el pensamiento del resentido cualquier otro se transforma en el hermano que ha sido elegido y, que por tanto, carga con el pecado de poseer inocuamente lo que a él pertenecería si acaso la existencia del otro no le estorbara. La asunción del rol de víctima dota al resentido, como a ningún otro ser, de la exacerbada capacidad del reproche hacia aquello que ha optado por elegir a su hermano antes que a él mismo. El reclamo del resentido alcanzara la naturaleza, las instituciones e incluso a Dios, pero intocable será el discurso democrático, al que solo reconoce como el único camino posible en la búsqueda del retorno a la *Unidad perfecta*. Es justamente en esta proyección de rencores y culpas donde la democracia mexicana tomó un matiz particular tras presentar, en el año 2006, los ingredientes fundamentales para la detonación del resentimiento gregario.

Vista como un conglomerado de resentimientos y culpas, la democracia mexicana da luz a una explicación distinta de los sucesos históricos que le han determinado. Pero ¿de qué dependió que específicamente en el año 2006 la voz del resentimiento haya adquirido la fuerza necesaria para articular, de cabo a rabo, el discurso de su política, definiendo los términos de la lucha por el poder, además de engendrar y colocar a dos de sus máximos representantes como los contendientes al poder central del Estado preferidos por la sociedad mexicana?

El padecimiento de una ruptura entre las insufladas expectativas y las imposibilidades sufridas en la real lucha por el poder, sugirieron como el mejor camino, la construcción de verdades convencionales que a la larga solo incrementarían el capital de rencor social. Frente al susurro dulcificado de la igualdad, la realidad mexicana reproducía incansablemente las estadísticas ejemplares de la desigualdad reinante.

Poco a poco la ira acumulada golpeteó en busca de un escape. Previsiblemente, su búsqueda concluyó en el punto de encuentro con la blasonada razón en el poder democrático, uno más de los “sistemas de racionalización mediante los cuales podemos odiar sin que nos despreciemos a nosotros mismos: un mecanismo de defensa que constituye la antesala del delirio.”¹³ La cuestión de fondo ofrecía una oportunidad insoslayable: la aparición del resentimiento como el principio creador de una realidad política acorde a los iguales. Tras la intensificada sensación del poder que sólo el carácter de masa y la ideología pudieron sugerirle apenas seis años atrás, la sociedad mexicana apostaría por actuar bajo el ejercicio de una pasión que por años, había rumiado dentro de sí y que aparecía como la única fuente de fuerza capaz de articular una realidad que momentánea (venganza) o eternamente (mediante la inversión de las jerarquías) le librase de su propia imagen frente al espejo.

Sufriendo históricamente la combinación en un mismo objeto del más grande anhelo y de la raíz misma del descontento, la sociedad mexicana encontraría en su propia fractura social y económica, a ese hermano enemigo responsable ficticio de los deseos inconclusos. Las frustraciones cotidianas irrumpirían en el escenario político con la agresividad calculada de la que solo el resentimiento puede dotar. Luego de no soportar la convivencia con capacidades disímiles, los grupos contrarios hallarían, en el ejercicio del voto y del activismo ciudadano, las opciones democráticamente legales para un *ajuste de cuentas* planeando con la ira y la violencia acumulada.

Bloqueando su objetividad y anulando su percepción subjetiva del paso del tiempo, el resentido común convierte su deseo de venganza en la oportunidad para resarcir las humillaciones que históricamente la jerarquía le ha provocado. Así, en el contexto del 2006, el resentimiento de la sociedad mexicana daría bríos a las manifestaciones de su inconformidad con el presente, pero al mismo tiempo, recuperó y recargó el encono provocado en años anteriores.

¹³ Castilla Del Pino, *Op. cit.*, p. 31

En la orgullosa exhibición de su carácter ciudadano, el mexicano dejaba al descubierto uno de sus primeros escapes respecto a la perplejidad e insatisfacción de sí mismo. El flagelamiento constante y las multiplicidades en la constitución de su identidad, hicieron de su *yo* ese eterno errante que fue asimilado por el canibalismo de una *Totalidad* abstracta, con espacio para cualquiera.

La sensación de fracaso en la búsqueda de ese *otro complementario* que se requiere para establecer una identidad¹⁴ satisfactoria, quebranta la unicidad fantásica del sujeto produciendo la frustración que convierte a ese extraño, en la presencia hostil. Ante la desmentida igualdad, la división manifiesta de dos grupos políticos con la misma capacidad de odio hacia el contrario, erigió su base sobre la tendencia rencorosa de proyectar hacia el objeto opuesto la culpa de los padecimientos sufridos y del quebrante de sí mismo. Masificados y enterados de la potencia adquirida mediante esta condición, el olvido que cada uno de estos individuos hiciera de su conciencia en aras de la construcción de la conciencia gregaria, se enganchó en los principios universales adecuados para el disimulo de la impotencia.

Como cualquier ficción simplificadora de la realidad, el contraste del poder económico entre pobres¹⁵ y ricos apareció como la primera coartada para velar

¹⁴ En una de sus más destacadas obras pertenecientes a la corriente de la antipsiquiatría, Ronald D. Laing sugiere que “la identidad es aquello por lo que uno siente que es él *mismo*, en este lugar y este tiempo, tal como en aquel tiempo y aquel lugar pasados o futuros; es aquello por lo cual se es identificado.” D. Laing, Ronald, *El yo y los otros*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p. 82.

¹⁵ En 1891 Hobson, escribió: “Si por pobreza entendemos la diferencia entre las necesidades sentidas y el poder para satisfacerlas, entonces, hoy hay más pobreza que nunca (...). La tasa de mejoras en la condición material no es suficiente para disminuir el descontento popular.” Hobson, citado en Márquez, Jorge, en *La ciudadanía de cara al siglo XXI*, UAEM, México, 2006, copiado del texto original “Consideraciones éticas sobre la ciudadanía” consultado en www.politicas.unam.mx/razoncinica/

una escisión más profunda de la que realmente emergía el rencor de uno a otro grupo político. Revestidas con los colores de una ideología izquierdista y otra derechista, las posturas políticas de los gremios comenzarían su embestida de intransigencia sobre aquello que no coincidiera con la ley de su unidad mental. Resentirse colectivamente respecto de la misma situación, constituiría la primera parte del rito iniciático de adhesión al grupo. Amar las mismas ideas y odiar las contradicciones a éstas, fue la división simple pero definitiva para las características del juego político.

La situación real de la sociedad conduciría, al rencor derivado de la cotidiana vigilancia de los privilegios o los daños generados por la existencia de la diferencia. Clandestinamente, los odios comunes iban encontrando su sitio en muchedumbres políticas autoproclamadas víctimas con derecho al desquite.

De forma maniquea pero oportuna, la complejidad social se resolvió en la novelesca división de dos familias: los poco favorecidos económicamente, clase baja y media, además de intelectuales representantes de la *filantropía ascética*; y la clase alta y media, beneficiada por el sistema económico. No obstante, sin necesidad de demasiada agudeza mental uno puede percatarse de que si bien esta razón fungió como uno de los principales motores, el discurso latente del resentimiento correspondió de muchas otras formas con cuestiones históricas e intestinas a la sociedad mexicana. De ninguna forma el resentimiento originado por la inequidad económica opacó en importancia al que se lanzó sobre el vecino con convicciones políticas distintas.

Al rencor entre las clases sociales se agregó la necesaria estructuración que sólo el arte de la política fue capaz de diseñar. La religiosa identificación de cada una de las masas políticas con la ideología de los partidos, precisaría de un buen representante de sus contenidos emocionales. La masa demandaba un líder a *modo*, y lo mismo sucedía de forma inversa. Entre ambos polos, el hilo tendido del discurso político se sugería como el vínculo imprescindible para la interacción

efectiva de las unidades. Andrés Manuel López Obrador como delegado del PRD asumiría el rol de líder político y social de las clases populares del país; mientras que lo mismo sucedería con el representante del PAN, Felipe Calderón Hinojosa, respecto de la clase conservadora y algunos sectores pudientes.

La búsqueda del poder presidencial figuraría como el coadyuvante idóneo para detonar el enfrentamiento de discursos y acciones repletas del rencor. De manera casi inverosímil, los deseos gregarios de destrucción encontraron sostén en los dispositivos políticos implementados en la competencia electoral. Los líderes idénticos y opuestos en el juego, correspondieron, a los ejemplares perfectos de una *política moderna* identificada por la existencia del exceso o la falta que suscita el resentimiento.

Una vez que se identificó al líder, cada una de las masas políticas adoptaría la mentalidad de un bloque irreductible en sus creencias y convicciones. La simpatía y la identificación con el dirigente político, activó el proceso de la adoración y el fanatismo maniático característico de las multitudes. Por medio de la ciega sumisión a sus mandatos (dotada de) la imposibilidad de discutir sus dogmas, el deseo de generalizarlos y la tendencia a considerar como enemigos todos aquellos que no los admitieran, los ciudadanos mexicanos del tal o cual bando, suplantaban su conciencia subjetiva unitaria con la conciencia gregaria que mejor reflejaba los contenidos reprimidos¹⁶ de su lado afectivo; luego de perder su significación práctica como sujeto individual, encontrarían los motivos para la acción en la sensación de una incontenible potencia adquirida junto a sus comunes.

Para satisfacer el ansia caníbal de ser absorbido y al mismo tiempo devorador de la voluntad gregaria, el líder requiere de atributos y símbolos que faciliten su interiorización como el más claro constituyente del *yo multitudinario*. La imagen y

¹⁶ Al respecto Gustave le Bon afirma que “tras las causas confesadas de nuestros actos hay sin duda, causas secretas ignoradas por nosotros mismos. La mayor parte de nuestras acciones más frecuentes no son sino el efecto de móviles ocultos que escapan a la propia observación.” Le Bon, *Op. cit.*, pp. 35, 36.

las formas adquieren un especial significado y el *parecer* es tan o más importante que el ser mismo. El líder político inicia tomando en sus manos la dirección de la pasión multitudinaria y concluye, dictando ruta a sus acciones.

A la cabeza de cada grupo los representantes políticos del conflicto bíblico entre Caín y Abel comenzaron asumiéndose como adversarios irreconciliables en sus respectivas causas. Con ello iniciaba el desdoblamiento de un *idéntico resentido* dispuesto a descargar sus iras y culpas sobre el enemigo-obstáculo que inevitablemente les era tan cercano en sus deseos. La mimesis conflictiva provocada por la búsqueda del poder fáctico, que cabe precisar es uno bastante alejado a la idea nietzscheana sobre la *voluntad de poder*, acercaría las posiciones hasta el punto mismo de la indistinción.

Las alegorías de campaña hubieron de reflejar la herida profunda que exhalaba la pasión. Con el orgullo de representar a los desposeídos que como siempre son al mismo tiempo la mayoría, el candidato del PRD, Andrés Manuel López Obrador lanzaba su slogan político “Primero los pobres”, definiendo lo que sería su postura a lo largo de la contienda. Maquinalmente, el sentimiento del despojo, tan común en las listas del rencor, adquirió un halo de reconocimiento, mientras que la revancha de los inferiores en la jerarquía económica se presumía desde entonces como la causa de la izquierda. La división práctica y discursiva entre pobres y ricos, coartada para los asomos del odio entre clases, significaría, a grandes rasgos, la pauta de escisión de las afiliaciones políticas. Mientras tanto, con el slogan de “Manos limpias”, Felipe Calderón Hinojosa, encabezaba el discurso de un sector que por regla general y para usos de identificación, correspondía con el de las clases empresariales, medias y altas. La segmentación política del discurso respondería a fin de cuentas al pulso persistente del *homo hierarchicus* interior a la sociedad.

La voz del odio multitudinario fue vertiéndose minuciosamente en la postura de cada uno de los líderes. Los discursos resultaban mesiánicos e incendiarios al

mismo tiempo y la radicalización agresiva de las masas apostaría cada vez más a la destrucción del oponente político que resultaba ser la causa de la obstrucción en la perfección de sus deseos. Poco a poco, el voto electoral fue asimilándose a la idea de una reparación imaginaria contra la alteridad culpable de las carencias sufridas.

La masa, aleccionada hasta la médula por el discurso democrático, refugiaría su impotencia en la fe de su fuerza numérica para la definición surgida de las urnas, depositando y confiando en ello su potencial demoledor. Las palabras del resentido se deslizarían detrás de una aparente lucha por el poder. Antes que el orgulloso *¡sí!* dicho a sí mismo, propio de las naturalezas fuertes, del que Nietzsche ha relatado, la política electoral tomaría su energía de un profundo e irreductible *¡no!* que encontró su razón de ser en el imperativo de someter y denostar a quienes disintieran de sus creencias.

El juicio al oponente se colocaría como el punto de partida para la competencia electoral. Veamos: “La derecha culpaba a la izquierda de incrementar exageradamente las expectativas de la gente, de hacerla sentir siempre infeliz, encender la envidia y la violencia revolucionaria.”¹⁷ En entrevista radiofónica, Calderón Hinojosa declaraba tajante: “hemos demostrado por qué somos la opción para México, la opción de futuro; también hemos evidenciado el *peligro* que representa la candidatura del PRD, el peligro de gasto desorbitado, de endeudamiento, de devaluación, de inflación, de crisis económica en una palabra y por esa misma razón vamos a ganar.”¹⁸ Casi de forma idéntica el líder identificado con la izquierda responsabilizaba a la derecha de la enorme brecha entre ricos y pobres, de las injusticias y las humillaciones sufridas por los segundos a lo largo de la historia.

¹⁷ Márquez Muñoz Jorge, *La ciudadanía de cara al siglo XXI, Op. cit.*

¹⁸ “Entrevista de Felipe Calderón Hinojosa con Leonardo Curzio”, *Especialista en medios S.A de C.V. y Núcleo radio mil*, 31 de mayo del 2006 disponible en: www.felipecalderon.com, consultado en: abril del 2007.

La definiciones a partir del *nosotros* y los *otros* se colocarían como la piedra angular para la delimitación de las identidades grupales, además de que, la articulación de un discurso político etnocentrista incentivaría la necesidad de la anulación del grupo oponente, que representaba, sobre todo para los obradoristas, la viva encarnación del privilegiado indigno. Muy cerca de su cierre de campaña , el candidato del PRD lanzaba a la multitud de sus seguidores precisiones indispensables para el fortalecimiento de su cohesión y el incremento de la carga emotiva adversa a lo no homologable a sí misma: “Quedó de manifiesto que hay dos proyectos distintos y contrapuestos de Nación, hay un proyecto (...) que significa mantener los privilegios para los de arriba y, el otro proyecto, el de nosotros, de los que están aquí en el Zócalo, en el corazón político de la República y de muchos millones de mexicanos, que no están con nosotros, pero que sí participan en nuestro proyecto (...). Vamos a seguir adelante, no nos crucemos de brazos, porque nos estamos enfrentando a intereses creados muy poderosos, que van a seguir utilizando todos los métodos a su alcance, están acostumbrados a triunfar a toda costa, sin escrúpulos morales de ninguna índole, no tienen llenadera, se quieren seguir devorando a nuestro país. ”¹⁹

De la forma en que el resentido común distingue su mundo y su lugar en éste, la identificación interna de ambos bandos sería precisada a partir de la oposición, afirmando su *ser* en relación al *no ser* de la exterioridad.

Igual que la transvaloración de los valores descrita por Nietzsche en la *Genealogía de la moral*, el dispositivo racional creado por el Estado, iniciaría el trabajo de purificación o disimulo pasional que demandarían las reglas del juego democrático. La ideología, cual caja de Pandora, masticaría dentro de sí las emociones odiosas de los hombres, procesando su contenido hasta el grado del olvido, trabajando a ojos de todos como la justificación racional del crimen.

¹⁹ “Discurso pronunciado por Andrés Manuel López Obrador en el Zócalo de la Ciudad de México”, 07 junio del 2006 disponible en: www.lopezobrador.com , consultado en: abril del 2007.

Los arreglos ideológicos e institucionales eructarían sentencias estructuradas decretadas por la razón como principios rectores de la *Humanidad*. El revestimiento ideológico al que las emociones eran sometidas, garantizaría la clandestinidad del origen resentido de la acción política. Las palabras de campaña del líder perredista, nos proporcionan múltiples evidencias al respecto : “Vamos al cambio por el camino de la concordia. Repito: no es mi fuerte la venganza, yo no odio; soy un hombre feliz. Lo único que quiero es que todos vivamos en una sociedad mejor y no haya privilegios.”²⁰ Y ante tales expresiones de ese yo multitudinario encarnado en el líder ¿quién se atrevería a afirmar que la sublimada participación ciudadana no correspondía en gran parte a anhelos descompuestos de las masas resentidas? En definitiva, el disfraz ofrecido por la ideología ha funcionado siempre como la única alternativa para el rechazo de la impotencia propia; aceptarse como resentido no sería otra cosa que asumirse como débil e inferior frente al sujeto odiado, y en el juego de las soberbias que esta pasión destapa, tal hecho no resultaría siquiera posible.²¹

Así, en el clamor de los procedimientos determinados como razonables se encubrirían los motores emocionales de las exigencias de justicia, igualdad y orden; se creaban imágenes en las que el discurso de ambos grupos refugiaba el rencor mutuo. “El proyecto mío que parte de la premisa de la unidad de los mexicanos en torno a la legalidad, el proyecto de él que siembra el odio, la confrontación y la dimisión entre los mexicanos, ya sea entre ricos y pobres, entre los buenos y los malos, entre los de arriba y los de abajo, una serie de expresiones totalmente maniqueas, que simple y sencillamente siembran la confrontación y la división.”²² Silencioso pero pleno de energía el susurro pasional

²⁰ “Discurso pronunciado por Andrés Manuel López Obrador en el cierre de campaña”, 28 junio 2006, disponible en: www.gobiernolegitimo.org.mx/noticias/discursos, consultado en: abril del 2007.

²¹ Ejemplos de este tipo encontramos a lo largo y ancho de la historia mundial, un claro ejemplo de ello resulta el caso del antisemitismo, en donde “el antisemita, aunque se adorne con toda suerte de arrogancia y prepotencia, considera al humilde judío más potente –real o virtualmente- que él. Para el antisemita el judío puede destruirle, y antes de que le destruya le destruirá él.(...) No se odia a quien se considera inferior: si estorba, se le echa.” Castilla del Pino, *Op.cit.*, pp. 30, 31.

²² “Entrevista de Felipe Calderón con Ezra Shabot”, *Radiópolis y Comité de campaña de Felipe Calderón*, 07 junio 2006, disponible en: www.felipecalderon.com, consultado en: abril del 2007.

descubriría en el discurso de los candidatos la dosis de venganza, de nivelación y de normalización acorde a sus objetivos de descarga.

Cada uno de los actores involucrados se cobijaría en el discurso de la prudencia y la defensa de la causa justa. “El pueblo ya no está para limosnas, el pueblo lo que exige es justicia. Hay que orientar mucho a la gente, hay que orientar mucho al pueblo, para que elijan su voto de manera libre, de forma razonada, que no tenga que entregar el voto a cambio de algo, porque esa es la libertad que tenemos los mexicanos para poder cambiar el rumbo de nuestro país(...)quedará de manifiesto, que no siempre triunfa el dinero, como la moral y la dignidad de nuestro pueblo. Es un timbre de orgullo encabezar, dirigir, este movimiento popular que agrupa a todas las clases sociales, pero que siempre ha tenido su principal sustento en los más humildes.”²³ La certeza de seguir el camino correcto y de tener el fin sublime en orientar a los equivocados, revelaría, en más de una ocasión, la inclinación mesiánica de ambos contendientes; inclinación por cierto correspondida con el resuelto fanatismo de las masas.

Como ya señalaba Stirner, “el que vive para una gran idea, para una buena causa, para una doctrina, un sistema, una misión sublime, no debe dejarse rozar por ninguna codicia terrestre, debe despojarse de todo interés egoísta. Esto nos eleva a la noción del sacerdocio al que también se podría calificar teniendo en cuenta su papel pedagógico, de *dominismo*.”²⁴ Este vivir por la *Idea* en esa forma impersonal que Stirner relacionara a la práctica del sacerdocio, al parecer tan semejante a esa figura ascética a la que Nietzsche identifica en su *Genealogía* como el máximo ejemplar del resentimiento, produciría en el líder del contexto mexicano esa aureola de divinidad y de perfección a la que cada uno de los grupos añoraba retornar como a su origen mismo.

Felipe Calderón afirmaba: “Créanme que me estoy divirtiendo, es mi vocación, yo sé que la misión que a cada uno le da la vida, Dios, o como ustedes lo quieran

²³ “Discurso pronunciado por Andrés Manuel López Obrador en el cierre de campaña”, *Ibid.*

²⁴ Stirner, Max, *El único y su propiedad*, Sexto Piso, México, 2003 p. 118

plantear, le da a cada quien una tarea, y yo sé que mí vocación, para lo que me he preparado, por lo que he luchado, por lo que he vivido, es por transformar a México desde la política y las decisiones públicas.”²⁵ En el ejercicio de la renuncia propia, la imagen del desprendimiento terrestre y la certeza de representar al gran ejecutante del sacrificio propio en nombre de la *Gran causa pública*, protegería al misionero político de la envidia destructiva de sus seguidores.

El anhelo demoledor de los grupos se dirigiría entonces hacia la presencia hostil de esa alteridad causante del quebrantamiento y la separación entre las partes integrantes del *todo*, y a quien mecánicamente se identificaría, “como ‘el enemigo malo’, como ‘el infame’, siendo este el concepto básico a partir de lo cual construiría su concepto de ‘bueno’, que es ... ¡él mismo!.”²⁶ De acuerdo con Savater, al resentimiento “le es esencial la descalificación moral de su enemigo y la pacificación de la propia conciencia no por sus cualidades positivas, sino por aquellas negativas denunciadas en el otro.”²⁷ Atribuyendo los males que lo sumen en la insatisfacción, el resentido se deslinda de la responsabilidad de aceptar la realidad tal y como se presenta. Con la seguridad de ejercer la beatitud, el acusador emprende la cruzada mediante la que legalmente pretende purificar y ordenar lo que la *naturaleza vil* de unos cuantos ha manipulado en su beneficio.

Bajo la lógica del *deber ser*, entre las funciones del resentimiento en la política mexicana tendría lugar una distinción del mundo derivada de cuatro categorías tajantes sugeridas por el bien de la sociedad: lo que estaba permitido y lo que estaba prohibido, lo que estaba incluido y lo que estaba excluido. La naturaleza del odio “desculpabilizado, justificado por los ideales del yo, que no se contentan con promover el bien al cual otorgan toda su fe, sino que se preocupa sobre todo de purgar el mal que envenena el mundo por la pestilencia de los individuos que lo

²⁵ “Discurso de Felipe Calderón en un desayuno para la recaudación de fondos económicos”, *Radio Fórmula y Comité de campaña de Felipe Calderón*, 28 de marzo del 2006, *Ibíd.*

²⁶ Nietzsche, *Op. cit.*, p. 41

²⁷ Savater, *Op. cit.*, p. 166

encarnan”²⁸ determina las categorías permisibles de existencia y las destinadas a la supresión. La ideología política de cada grupo en la contienda identificaría al contrario como un amago a su supervivencia, y peor aún, a la supervivencia de las *instituciones, del orden y de la democracia*.

La actitud repetitiva de la afirmación a partir de la oposición quedaría de manifiesto en más de una ocasión a través de las palabras de los líderes: “Yo propongo el camino de la ley frente a los violentos, el camino de la ley para rescatar la seguridad, para erradicar la corrupción, para obtener inversión y los empleos que tanto necesitamos; de manera tal que yo invito a la gente a ello frente a quienes representan la opción de la violencia y de la corrupción, yo invito a apoyar la opción de la legalidad, de la transparencia y de la paz.”²⁹ Cada uno se convertía, mediante la palabra, en el garante del orden y de la estabilidad social, señalando al otro como el injusto y el vivo reflejo de las jerarquías.

Refiriéndose al adversario, el candidato del PRD señalaba: “Toda esta política que se ha esmerado en destruir nuestro país, en destruir las instituciones (...) han exhibido, no de ahora, de siempre, una actitud de desprecio, una actitud clasista, racista, utilizan un lenguaje de odio cuando se dirigen a los de abajo, un desprecio y una prepotencia hacia la mayoría de los mexicanos, se sienten de sangre azul y eso jamás lo vamos a permitir, todos los mexicanos somos iguales.”³⁰ La ansiedad colectiva por el encuentro de un culpable, se añadiría a la arena que mejor simbolizaba la cólera de sus padecimientos.

²⁸ André, Green, “El ideal, medida y desmesura” en *Revista de Psicoanálisis*, 1988, N° XLV, 1, p. 36.

²⁹ “Entrevista radiofónica entre Felipe Calderón Hinojosa y José Gutiérrez Vivó”, *Comité de campaña de Felipe Calderón Hinojosa y Radio Monitor*, 07 de junio del 2006, disponible en: www.felipecalderon.com, consultado en: abril del 2007.

³⁰ “Discurso pronunciado por Andrés Manuel López Obrador en el Zócalo de la ciudad de México”, 20 agosto del 2006, disponible en: www.gobiernolegitimo.com, consultado en: abril del 2007.

III

En la búsqueda revanchista del resentimiento, el que el objeto cumpliera la exigencia mínima de encarnar un ser distinto, sin importar si en el fondo fuera o no la fuente real de sus insatisfacciones presentes o pasadas, resucitaba lo que Scheler ha llamado una *actitud negativa frente a determinados valores fenoménicos*, que entre otras cosas, explica claramente el fenómeno del odio de clase, “donde toda manifestación, gesto, traje, manera de hablar, de andar, de conducirse, que sea síntoma de pertenecer a una clase pone ya en movimiento el impulso de revancha y de odio.”¹ La intensificación en el canibalismo de las pasiones colectivas demandaría urgentemente la localización del o de los objetos incitadores de su agresividad; combatir contra una idea abstracta se haría insuficiente, el nulo sentimiento de igualdad combinado con la certeza general de que ésta representaba el pilar mismo de la necesidad y la ruta a la felicidad común, haría el favor de sugerir a cualquier *otredad* como el usurpador ilegítimo de las bondades de las que al resto se hubiese privado hasta entonces.

Cual dinamita psíquica, de la misma forma en que uno de los cánones de la envidia reza que “el éxito de quienes fueron nuestros iguales siempre es peor que el de aquellos que siempre han sido nuestros superiores”², el desfogue del resentimiento alcanzaría, consecuentemente, al más inmediato. La polarización de la sociedad representaría claramente lo que Hasler ha identificado como *orgías de odio* en donde esta pasión no sólo se moviliza contra los opresores y explotadores, sino también contra todo aquel que piensa en política de forma distinta, casos en los que no sólo -señala- se está autorizado a odiar, sino que además se fomenta el odio.

¹ Scheler, *Op.cit.*, 54

² Márquez Muñoz, “La Envidia en la Revolución Francesa”, *op cit.*

Los seguidores del PAN serían reducidos por medio de la autointoxicación psíquica a la categorización de los potentados clasistas y en el peor de los casos, fascistas. Mientras que a los *lópezobradoristas* se les etiquetaría como a los intolerantes, los violentos, y fanáticos. Cada miembro de ambos grupos, intentaría, en un primer momento, convencer al contrario de retomar el camino del bien y unirse a su causa política. La esperanza en la homologación como el punto culminante del bienestar común, se parafrasearía cotidianamente en los rincones del país. Detrás del principio de la *tolerancia*, el canibalismo totalitario reflejaba como su necesidad prioritaria no la obtención del objeto poseído o deseado por alguien más, sino la exigencia emocional de absorber a ese otro hasta eliminarlo dentro de sí. El *etnocidio político* se presentaría como la oportunidad idónea para descargar la rabia que sólo apretando los dientes había sido factible contener.

Defendiendo la causa de su líder político como la razón de su existencia, las querellas entre ambos bandos se insinuaban a la menor provocación. Consumidos por la necesidad de ver traducido su vocerío en la configuración abstracta de la *opinión pública*, cada concentración era aprovechada para insinuar una relación directa entre el número de sus miembros y las potencialidades destructivas de su rencor.

Común fue encontrar entre los argumentos más versados y entre los más sosos de ambos candidatos y grupos, el principio y el fin de la hiedra de un resentimiento que ante el fracaso de la persuasión, culminaba en rabieta y descalificaciones personales que dejaban al descubierto un reproche que iba más allá de cualquier postura política; lo insoportable parecería en unos casos el poder fáctico de algunos, y en otros, el cisma ideológico respecto a un único proyecto.

Los odios heredados y compartidos fundarían la identidad deseada asignando al menos un lugar en el cosmos de las propiedades emocionales. El rival del padre se convertía en el rival del hijo, y de la misma manera que en la Alemania nazi, quien era adverso al *Reich*, lo era a la unidad germánica, en el escenario político

mexicano quien no compartía la dirección y la intensidad de los afectos hacia los objetos correspondientes (líderes) , era identificado como la anomalía a la que era preciso corregir, y en ultimo de los casos, eliminar simbólicamente. En uno de los tantos foros de discusión abiertos por el PAN, los simpatizantes de Hinojosa, expresaban: “ Yo no lo odio (...) creo que sí (refiriéndose obviamente al candidato perredista), sí lo odio y acepto la culpa pero este tipo esta diseñado para ser odiado. Insulta mi intelecto (...)”³ En el fondo, las crispaciones intestinas denunciarían en cada acto el proceso depurativo de las ideologías. Mediante la orientación de las pasiones cada uno y todos creían encontrar la certidumbre anhelada, nadie parecía escapar al *hachís* de la arena política.

De acuerdo con Le Bon, “en todo lo que es materia de sentimiento: religión, política, moral, afectos, antipatías, etc., los hombres más eminentes no pasan sino muy raramente el nivel de los individuos más comunes (...); lo heterogéneo se anega en lo homogéneo, y dominan las cualidades inconscientes.”⁴ Y en el caso mexicano, tal como era de esperarse, esas voces, que la mayor parte de las veces se tienen más como influyentes antes que como eminentes, serían vehículos predilectos de los motivos del odio.

La búsqueda del culpable se iniciaba desde cualquier punto, regularmente a través de la intimidad afectiva del analista, como en el artículo del político Jaime Martínez Veloz, donde sin temor alguno apuntaba: “Hay dos Méxicos: el de las televisoras y el de las luchas populares, el de las castas y el de las luchas populares, el de las castas y el de las masas empobrecidas”⁵ ; sin olvidar señalar a los primeros como los causantes de la confrontación social. Comentario sucedido por este otro de Armando Bartra: “Todos sabemos quien apuñaló a nuestra impúber, tierna, amadísima democracia (...) Porque hoy la democracia tiene nombre y apellido. No

³ Pedro Díaz G., “20 estampas de odio electoral”, *EMEEQUIS*, México 21 agosto del 2006, p. 27.

⁴ Le Bon, *Op. cit.*, p. 37

⁵ Jaime Martínez Veloz, “En tiempos de crisis no hay matices”, *La Jornada*, México 4 de agosto del 2006, p.24

porque López Obrador sea un creído, sino por que los enemigos de la democracia son los enemigos del tabasqueño.”⁶ Amparados en la garantía de la libertad de expresión el claro desprecio por el Otro se desbordaría a través de los medios electrónicos e impresos.

La agresión real o imaginaria hacia cualquiera de los miembros, se presentaba entonces como el resquicio idóneo para el fluir del resentimiento. Dentro del grupo todos eran iguales, y el ataque a uno lo era al todo , y justo eso se demostraría en el caso en el que el periódico *La Jornada* dedicara, un poco más de diez días a la defensa de uno de los suyos: Elena Poniatowska, escritora y periodista que participara activamente a favor de la campaña lopezobradorista con múltiples acciones, como la realización de un *spot televisivo* en defensa de su candidato a partir del sutil señalamiento de su oponente como el origen de la calumnia y de la mentira; spot al que como era previsible, seguiría la respuesta panista en voz de su líder nacional, Manuel Espino, uno más de los paladines de la causa opuesta que también asumía el papel de la lucha y la aniquilación.

Asunto éste, en el que la enseñanza de Gustave Le Bon se comprobaba de forma magistral, pues la clase catalogada por muchos como el sector pensante de la sociedad, sucumbiría al paralelo de la gente en las calles, a la energía vibrante del rencor multitudinario. El 10 de abril, *La Jornada* exponía en su portada: “Desató AN campaña de odio contra Poniatowska”⁷, como sólo el principio de una espiral que la *odiosa razón intelectual* podría manifestar. La misma Poniatowska comentaba sobre Espino: “es un pobre lacayo del poder y lo que ha hecho a lo largo de su vida es lambisconear a los poderosos” y que sería más tarde señalado por Federico Campbell como “imbécil”. Fernando del Paso anotaba a propósito del tema, “Elena Poniatowska no es una pobre señora. Es una gran señora. Pero no

⁶ Armando Bartra, “¿Cuándo fue que se jodió?”, *La Jornada*, México 5 agosto del 2006, p. 21.

⁷ Todas las citas subsecuentes en torno al tema corresponden al Periódico *La Jornada* en artículos impresos de 10 al 18 de abril del año 2006, disponible en: www.lajornada.unam.mx, consultado en abril: abril del 2007

me sorprende que usted no entienda por qué lo es. Más bien, me sorprendería mucho que lo entendiera”. Sin vacilar, el 18 del mismo mes, René Drucker calificaba al líder blanquiazul como un *minusválido mental*.

La élite intelectual de izquierda mostraría las pinceladas de un *resentimiento culto* que consideraba moralmente inferior a todo aquel que no compartiera sus proyecciones de odio y amor. Por el otro lado, la puesta en duda de la integridad del adversario era clara, al menos en voz de Espino que respecto a la presunta víctima señalaba: “pobre señora, la verdad a mí me da pena que teniendo ese prestigio lo haya apostado a algo que no vale la pena.” Las palabras de Stirner resonaban a lo lejos al afirmar que, “el fanatismo es especialmente propio de la gente culta; porque la cultura de un hombre esta en relación con el interés que toma en las cosas del espíritu, y este interés espiritual, si es fuerte y vivaz, no es ni puede ser más que fanatismo.”⁸ Entre los simpatizantes de uno u otro grupo y las supuestas posiciones alarmistas respecto a la amenaza latente a la democracia y la razón, la diatriba pasional exhibiría sobresalientes perfiles.

Pero esta desmedida expresión emocional revestida del ataque entre bandos, reservaría algunos de sus mejores fardos a la figura del culpable único, que representaba al mismo tiempo la posibilidad del reencuentro con el orden y la presencia causante de su pérdida. Las aparentes diferencias irreconciliables entre los individuos se convertían, de forma casi natural, en el lazo de la proximidad que unía a la masa únicamente a través de los odios.

La *unanimidad violenta*, que René Girard ha descrito, teñiría al escenario del conflicto, expuestos todos a la pasión del resentimiento se transformarían en enemigos mútuos. Cada uno se presentaría como el trasgresor y el agredido al tiempo mismo, “unos son los dobles de los otros (entonces) si la violencia uniforme a los hombres, si todos los dobles son idénticos, cualquiera de ellos puede convertirse en el doble de los demás, es decir, en el objeto de fascinación y

⁸ Stirner, *Op. cit.*, p. 89

de odios universales. Una sola víctima puede sustituir a todas las víctimas potenciales, a todos los hermanos enemigos que cada cual se esfuerza en expulsar.”⁹ La exaltación resentida entre los miembros de los grupos se orientaría hacia el ser de uno solo, del líder político, *primus inter pares*, expuesto, capaz de encarnar el diálogo hostil con la alteridad grupal.

El conjunto de sentimientos desagradables acumulados históricamente serían atribuidos y descargados sobre objetos comunes. La realización del odio en la arena política, permitiría la cohesión y la agrupación de las masas en torno a una finalidad principal salpicada por el pensamiento resentido: la expiación de los males sufridos, a través del castigo o la aniquilación de la personificación de la injusticia y el desorden. La encrucijada del *homo homini lupus*, descrita por Hobbes se resolvía con la imagen milenaria de la *víctima propiciatoria*. En su pretendida afirmación a partir de la muerte del padre-líder el hijo-masa evidenciaría sus ansias de ser ese otro que le inspira y que es también el estorbo a su deseo. En el encuentro del chivo expiatorio, el resentido esquizoide imagina la solución a la paradoja entre los sentimientos de admiración y veneración convertidos en pasiones de resentimiento y culpa, por lo que mediante la asociación arbitraria entre el objeto y las condiciones injustas que le afectasen, cada uno de los grupos proyectaría su rencor hacia los sujetos representantes de causas distintas a las propias.

Como era de suponerse, en el milenio de la fraternidad y la tolerancia, los matices del resentimiento moderno velado por el disimulo de la racionalidad, se interpretarían como los mecanismos *no violentos* del disentir frente al adversario político. La consolidación del grupo a partir de la veneración y el odio compartidos y orientados hacia objetos específicos, se manifestaría como el campo idóneo para una lucha por el poder reglamentada por discursos ideológicos, que fluctuarían entre dos ideas cardinales: el bien y el mal, efigies rivales que han siempre adquirido su fuerza mediante el juego de la complicidad.

⁹ Girard René, *Op. cit.*, p. 87.

La acción violenta y a primera vista únicamente emotiva y carente de razón, revelaría en segunda instancia, un objetivo más calculado y ajustado a los parámetros de la racionalidad: la expulsión o división garantiza la identificación y la pertenencia, el *dentro* cobraba sentido con la garantía del orden. “El parcelamiento externo y la indivisión interna son las dos caras de una única realidad, los dos aspectos de un mismo funcionamiento sociológico, de la misma lógica social. Para que la comunidad pueda enfrentar eficazmente el mundo de los enemigo es preciso que sea homogénea, que esté unida, que no presente divisiones. Recíprocamente, para existir en la indivisión tiene necesidad del *Enemigo* en quien poder leer la imagen unitaria de su ser social. La autonomía socio-política y la indivisión sociológica son cada una condición de la otra.”¹⁰ Dividir para unir, odiar para querer, conflictuar para ordenar, aspectos todos bien organizados en las ideologías políticas.

El enmascaramiento permitido por los términos electorales decretados en nombre de la democracia, produciría el vaivén constante entre las posturas de concordia y ataque a conveniencia en el manejo de las pasiones. De ahí que a inicios de la contienda ninguno de los dos candidatos dudara en afirmarse como un ser ajeno a las pasiones negativas del hombre, tal como lo haría Felipe Calderón a principios del 2006, asegurando no creer “ni en la violencia ni en las campañas políticas que apuestan a la siembra de odio y de rencor. (Reivindicando) su proyecto como la *fuerza de los pacíficos*.”¹¹ Y también en su ocasión el candidato perredista decía: “Ni nuestros más tenaces adversarios deben preocuparse. No es mi fuerte la venganza. Lo único extraordinario que va a suceder, a partir del primero de diciembre de este año, es que cambiarán las reglas, se terminarán los privilegios y en México habrá patria y futuro para todos.”¹² Palabras que inevitablemente traen a la memoria el lugar común de los discursos políticos que liberan y evidencian su

¹⁰ Clastres Pierre, *Op.cit.*, p. 214.

¹¹ Claudia Herrera y Alonso Urrutia, “La migración, por falta de empleo, reconoce Calderón”, *La Jornada*, 12 de enero del 2006, p. 5.

¹² “Declaración de Andrés Manuel López Obrador”, 8 enero del 2006, disponible en: www.gobiernolegitimo.org.mx/noticias/discursos, consultado en: abril del 2007

violencia a partir del primer acto criminal, que surge de su alardeada escisión respecto a los demás.

Poco a poco y con el suceder de la campaña, en los discursos de los principales contendientes pulsaría cada vez más fuerte la vena de un resentimiento que se alimentaba a complacencia. Cada uno sublevaría con la palabra las más ríspidas pasiones contra el idéntico enemigo, buscando en ello la cohesión y el incremento de su grupo mediante la suerte del contagio emocional.

En el padecimiento de su propio rencor, ambos líderes despedazarían con rabia al rival-obstáculo. “Este es un movimiento de todo el pueblo de México, contra una camarilla que ha arruinado a nuestro país y que ha hundido a nuestro pueblo en la desgracia; ese es el motivo de este movimiento. No nada más es un asunto de [competencia entre] partidos, no, es la unidad de todo nuestro pueblo contra quienes han llevado a la desgracia al pueblo de México.”¹³ Atribuyendo al oponente la completa responsabilidad de los infortunios colectivos, el orador político daría un cauce único a la ansiedad destructiva de todos contra todos. “Estamos concientes que una oligarquía neofascista se adueñó por entero de las instituciones políticas del país y están decididos a mantener y acrecentar sus privilegios, sin escrúpulos morales de ninguna índole.”¹⁴ Tal como en el relato del *Génesis*, cada uno vería en el otro al potencial criminal Caín y al mismo tiempo, al odiado hermano Abel, colmado de privilegios y reconocimientos inmerecidos.

La radicalización de las palabras dejaría al descubierto su origen pasional: “El germen de las dictaduras siempre está en un personaje que se asume como el poseedor de la verdad y la justicia y que ignora la ley a su antojo. Y ésta es una amenaza que tenemos, amigos, y no hay que tener miedo de decirle a la gente lo

¹³ “Discurso de Andrés Manuel López Obrador en Tecamachalco, Puebla”, *Especialista en medios y Radio Formula*, 10 marzo 2006, disponible en www.gobiernolegitimo.org.mx/noticias/discursos, consultado en: abril del 2007

¹⁴ “Declaración de Andrés Manuel López Obrador en su rendimiento de protesta como Presidente legítimo”, 20 de noviembre 2006, disponible en www.gobiernolegitimo.org.mx/noticias/discursos, consultado en: abril del 2007

que implican otras alternativas. (...) Sí hay que decirlo sin miedo, sí hay un peligro para México en la candidatura del PRD, por supuesto; lo sabemos, lo comentamos en cortito, vamos diciéndolo en fuerte. Hay un peligro de autoritarismo en alguien que no cree en la ley.”¹⁵ Las propuestas políticas se verían superadas por la necesidad frenética del descargo emocional y la competencia recordaría la mayor parte de las veces, el proceso desintoxicante de sujetos ávidos por repartir su ira.

A lo largo de la contienda, las pinceladas de una disputa común y corriente serían evidentes. Defensores de las distintas causas no dudarían en hacer declaraciones de este tipo: “López Obrador ha perdido los estribos, ha comenzado a pegar sin ton ni son. Ya lo trajimos a nuestro terreno. Entró Andrés Manuel a ese juego. Es una actitud típica y no necesitamos preguntarle ni a especialistas ni a mercadólogos. Especialistas en pleitos callejeros dicen que cuando el peleador que va ganando se mete al terreno del que iba perdiendo hay señal de que ya te ganó la corona.”¹⁶ Estas declaraciones serían respondidas en el mismo tenor: “no somos *sparring* de nadie. Si nos están lanzando golpes todo el tiempo, ellos (PAN) deben saber que también sabemos tirar golpes y algunos ganchos al hígado que pueden hacer mucho daño.”¹⁷ Entre la comedia y el histrionismo de la contienda convulsionaría con fuerza la pasión.

Grupos expectantes al hallazgo de su culpable socializarían¹⁸ a través del odio contenido. Todo aquel que no compartió la pasión, la intensidad y la orientación, fue inmediatamente señalado como un paria político. Como nunca en los años recientes el resentimiento unificaría, mucho más de lo que hubieran podido ambicionar los sentimientos fraternales, las relaciones entre los miembros de los bandos y de éstos hacia el líder. La activación

¹⁵ “Discurso de Felipe Calderón en un desayuno para recaudación de fondos económicos”, *Ibíd.*

¹⁶ Claudia Herrera Beltrán, “Poniatowska, ‘pobre señora me da pena’”, dice Espino”, *La Jornada*, México 11 abril del 2006, p. 5

¹⁷ Fabiola Martínez y Alonso Urrutia, “Si nos lanzan golpes bajos responderemos: Pablo Gómez”, *La Jornada* México 16 junio del 2006, p. 12.

¹⁸ Simpatía desarrollada hacia los que en términos emocionales conviven en la igualdad de la ansiedad resentida de “1) olvidarse a sí mismo por medio del prójimo; ésta es la sociabilidad de muchos; 2) sospechando que los demás también están descontentos de sí mismos, de ese modo (no hay envidia) todos son iguales y 3) aprendiendo a soportarse a sí mismo soportando también a sus semejantes.” Savater Fernando, *Op. cit.*, p. 165.

política de los anhelos resentidos, daría movimiento a la espiral que terminaría por definir el triunfo de uno de los candidatos.

IV

La institucionalización del resentimiento como instrumento de la política electoral mexicana en el 2006 encontraría sus expresiones más claras en las formas de la propaganda¹. En ella, los objetos del odio serían focalizados, las víctimas propiciatorias ocuparían paralelamente el rol de víctimas privilegiadas con merecimientos de expiación mientras que las multitudes rencorosas apaciguarían sus deseos mediante la *venganza imaginaria* que el enfrentamiento propagandístico del discurso garantizaría.

Históricamente el éxito de la propaganda ha dependido de una relación existente entre la realidad y las ideas que ésta sugiere. En palabras de Anthony Pratkanis “la propaganda es la comunicación de un punto de vista con la finalidad última de que el destinatario de la llamada llegue a aceptar ‘voluntariamente’ esta posición como si fuese la suya.”² A partir de esta definición se entenderá que el motín del encono reprimido figurara como uno, sino es que el principal sentimiento ha explotar en la búsqueda de la detracción del oponente. Predisponiéndose contra el adversario político, cada integrante de los grupos localizaría la posibilidad del desahogo a las frustraciones cotidianas de su vida, importándole poco si el objeto que concentraba la animadversión colectiva correspondía exactamente con el responsable de dichas frustraciones.

La afirmación del conjunto a partir de la destrucción del contrario, precisó de la administración conciente de los deseos y los resentimientos que de por sí,

¹ De acuerdo con Roger Mucchielli, “Históricamente se hace remontar la palabra de propaganda a la fundación de la Congregación de Propaganda Fide (propagación de la fe) en 1597, debida al Papa Clemente VII. (Sin embargo) el proselitismo de todas las sectas del mundo había comenzado varios milenios antes de Jesucristo y los panfletos de propaganda de las guerras religiosas donde se utilizaban los sentimientos populares (...) frente a los partidos enemigos juntamente con campañas de odio transmitidas de boca en boca eran ya antes de que apareciera la palabra propaganda, magníficos instrumentos de propaganda política-religiosa compuestos con un arte psicológico admirable.” Mucchielli, Roger, *Psicología de la publicidad y de la propaganda*, Ediciones Mensajero, España, 1977, p. 20

² Pratkanis, Anthony y Aronson, Elliot, *La era de la propaganda, uso y abuso de la persuasión*, Paidós, Barcelona-Buenos Aires- México, 1994, p. 28.

efervescían en la masa. Recalcando en los discursos una y otra vez la fantasiosa relación directa entre el rival y la serie de fracasos, daños, humillaciones e injusticias padecidas, el ejercicio propagandístico del episodio mexicano definiría sus límites y sus contenidos. Como Muchielli señala: “Ennegrecer al adversario aparecer limpio uno mismo de rebote, significa que si él es la encarnación del Mal o del Demonio de todos los vicios de la tierra, la *Causa* que defendemos se encuentra en el campo de los valores humanos universales, entre los que contaríamos la honradez, la humanidad, el amor, la lealtad, el servicio al Bien común (...) y siguen las tres banderas inseparables: LA LIBERTAD, LA JUSTICIA Y LA PAZ.”³

Convirtiendo al otro en la encarnación misma del mal y asumiendo el papel de víctima, el pensamiento resentido transfería su impotencia al status de bondad. “Aunque me critiquen y digan que soy mesiánico, les recuerdo que un buen cristiano es el que realmente se preocupa por el prójimo, el que lucha por el pobre, por el necesitado, eso es un buen cristiano.”⁴ Cada proyecto sería proclamado como la enmienda a los agravios acumulados, aires mesiánicos fueron habituales en la oratoria de los líderes, “yo les voy a decir, hay un México posible, hay un México que tenemos que conseguir, hay un México que vamos a ir por él. Va a ser un México justo, en donde nos concentremos como gobierno a igualar las oportunidades; va a ser un México libre, donde ningún autoritario y ningún déspota con poder o sin él va a callar a ningún ciudadano. Toda mi vida he luchado porque el pueblo de México hable y tenga derechos, no porque se le calle al pueblo de México.”⁵ La capitalización del odio sería revestida con los argumentos de una doctrina salvadora dispuesta a defender los principios universales que ni siquiera una minoría de sus seguidores hubiera podido definir.

³ Muchielli, *Op. cit.*, p 49

⁴ “Declaración de Andrés Manuel López Obrador”, 21 agosto del 2006, disponible en www.gobiernolegitimo.com, consultado en: abril del 2007

⁵ “Discurso de Felipe Calderón en desayuno para la recaudación de fondos económicos”, *Ibíd.*

Pronto, los maquinadores de la propaganda velarían el resentimiento tras la consigna de la *legítima defensa*⁶ frente al riesgo implicado por la alteridad. A inicios del mes de abril la administración profunda de la lógica de las emociones para las definiciones políticas facilitaba y enardecía el desarrollo de las campañas organizadas mediante las callosidades del odio. El equipo de campaña del candidato de Acción Nacional lanzaba la primer cuerda capaz de sujetar lo que Domenach llama la “necesidad litúrgica de las masas”; necesidad de la comunión colectiva, que en este caso se produciría mediante la figura de la conminación común. El PAN iniciaba su campaña de *spots* con la frase :”López Obrador, un peligro para México”, sublevando con ello las pasiones más negativas del electorado. La asimilación propagandista entre el candidato del PRD y la figura obstáculo que pisotea las felices representaciones de la colectividad, lo sugerirían entonces como la alteridad que potencialmente liquidaría la perfecta integridad de las imágenes identitarias del individuo.

Suscitando uno de los primordiales temores del hombre, la pérdida absoluta de la enorme o ínfima dosis de poder económico o político, se revivía también la suma de insatisfacciones inherentes a la lucha por el poder. El enemigo era entonces deshumanizado, identificado como un ente excluido del orden simbólico, como la agresión viviente a los postulados del orden. Calderón Hinojosa acusaba al candidato de la izquierda “de cultivar el odio, la calumnia, de querer estafar a los mexicanos con la mentira de aumentar sus ingresos por arte de magia.”⁷ Los profesionales en la construcción del odio propagandístico de la campaña panista irrigarían en cada rincón los rumores del peligro encarnado en un personaje dispuesto a despojarles de sus bienes y peor aún, de su libertad. Igual que una década atrás durante el gobierno de Luis Echeverría, se haría proliferar la idea de

⁶ Como en términos mas crudos y fácticos su momento lo creerían “los nazis limpiando el mundo de los gusanos judíos, los maccarthistas purgando la ideología comunista en los Estados Unidos, los regímenes comunistas purgando a los que maquinan contra el pueblo (...) y todos los fanáticos del mundo (...) están convencidos de actuar por la salvación común. Por ello se sienten totalmente desculpabilizados.” Mucchielli, *Op. cit.*, p. 137.

⁷ Claudia Herrera Beltrán, “Los dos ‘López’, ejes del discurso calderonista, *La Jornada*, México 26 junio 2006, p. 5. Cabe resaltar que tres días después con absoluta contradicción señalaría en el mismo medio: “Las campañas son para echar cohetes, son para marcar diferencias.”

que el Estado (comunista) les quitaría los hijos a los padres, en el reciente escenario político el complejo psicológico y emocional de los grupos sería expuesto a la inyección de proyecciones hostiles asociadas al triunfo virtual del antagonista.

Kancyper anota que: “La proyección de los propios impulsos destructivos del sujeto, activados por el odio como consecuencia de la frustración y de la separación del objeto, y por la envidia ante la percepción de la capacidad autónoma que presenta el objeto para dar, crear y gozar, convierten al objeto en malo y retaliativo (resentimiento), lo cual provoca nuevos ataques defensivos contra él por el incremento de las ansiedades persecutorias.”⁸ Congruente con esto último, López Obrador no vacilaría al denunciar desde su trinchera una presunta complicidad entre el oponente y grupos empresariales dispuestos a crear más desigualdad y pobreza en el país, fomentando con ello, en amplios sectores populares, un importante incremento de encono hacia el escalón superior en la jerarquía, acompañado de una urgencia incontrolable de rabia destructiva que diariamente se vigorizaría en los espacios de la imaginación.

Muchielli escribe: “Condicionados por el ambiente permanente, bajo tensión por las campañas de propaganda y las campañas de odio, los militantes sometidos a tal régimen entran en una especie de psicosis colectiva, con forma paranoica: insinuator del perseguidor, gigantesca maquinación de traidores contra el país, la Causa o el Partido, complot permanente (...) La psicosis colectiva se convierte fácilmente en manos de los dirigentes, en una voluntad general de guerra al Enemigo, enucleación del Mal absoluto (...) ‘solución radical’.”⁹ La suspicacia grupal sedienta de cualquier evidencia para confirmar sus odios, remitiría a la asociación constante entre las imágenes, personajes o ideas más intolerables al libre desarrollo de sus *capacidades* y lo simbolizado por el contrincante.

⁸ Kancyper, *Op. cit.*, p. 61

⁹ Mucchielli, *Op. cit.*, p. 137

Con una certeza del tipo religioso, el candidato de la *Coalición* declaraba: “quienes pretenden juzgarme, los del llamado gobierno del cambio, son los mismos que engañaron al pueblo de México y se aliaron a los personajes más siniestros de la vida pública del pasado para mantener la misma política de siempre.”¹⁰ De forma clara, a partir del mes de marzo, el manejo de la sospecha y de la asociación encontraría vastos caminos. La campaña del partido Acción Nacional comenzaba la torrente de comparaciones entre el adversario, Andrés Manuel López Obrador, y el presidente venezolano, Hugo Chávez¹¹, quien para ese momento ya era punto clave de la crítica internacional mediática y objeto de la animadversión entre algunos sectores de la clase media y la clase alta.

Correspondiendo a su campaña mediática, Calderón Hinojosa respondía en entrevista periodística: “existe un excepcional parecido entre los dos por lo que a nadie extrañaría que en cualquier momento Chávez formalizará su incorporación a la campaña de López. Entre más ayude Polo Democrático al tabasqueño éste terminará hundiéndose.”¹² Igual que el hijo rumia sus odios contra el padre apaleador que suscita en cada amenaza de golpe sus peores miedos, la activación política de los temores aparecería solamente como la contraparte indispensable para la intensificación de la impaciencia destructiva del resentimiento.

En su obra, *1984*, George Orwell ilustraría de forma magistral algunos contenidos de la propaganda negativa, “contra los enemigos del Estado” en lo que el *Big Brother*, líder de Oceanía, difundiera como “los dos minutos del Odio”: episodio de la novela descrito como el momento en el que todos los empleados de Oceanía observan frente a una gran tele-pantalla, el rostro de *Emmanuel Goldstein*,

¹⁰ Angel Bolaños, “Me acusa un gobierno mediocre y autoritario”, *La Jornada*, México 11 de junio del 2004, p. 3

¹¹ El presidente venezolano Hugo Chávez se ha ido relacionado progresivamente a las formas de un gobierno dictatorial en el que las libertades ciudadanas y mediáticas se ven reducidas a las conveniencias del Estado, que dado el caso, se ven asimiladas a los deseos del jefe o presidente de éste. De ahí que no extrañe que en un país en el que la democracia y las libertades son sugeridas como los remedios mágicos a los malestares colectivos, cualquier posibilidad de su limitación, sea objeto de rechazo y desprecio total.

¹² “Entrevista de Felipe Calderón Hinojosa con Federico Lamont”, *El Sol de México*, 28 de marzo del 2006, disponible en www.felipecalderon.com, consultado en: abril del 2007

Enemigo del Pueblo, responsable de todos los males, declarando cosas amenazantes al *orden*, mientras que a sus espaldas, la imagen de un ejército de hombres marcha con armas emitiendo sonidos semejantes al martilleo. La hostilidad del público se incrementa. Finalmente, el rostro y las palabras aliviantes del *Big Brother* restauran la sensación de tranquilidad que la simple imagen de ese *Otro* hiciera tambalear.

De forma casi irreal, la narrativa orwelliana encontraría en la política mexicana, algunos de sus ejemplos concretos. El nuevo puerto estratégico de la campaña televisiva panista¹³ estaría caracterizada por el bombardeo de imágenes del presidente Chávez tomando armas, fomentando las guerrillas y la confrontación social en Venezuela, acompañadas por segmentos declarativos en los que López Obrador callaba al, en ese momento, presidente de México, Vicente Fox Quezada. La asociación entre el adversario y la pronta ruptura del orden se convertiría en el arma principal del partido representante del conservadurismo, mientras que la campaña de la izquierda se definiría por las apelaciones a una historia llena de calamidades en estrecha relación con el origen elitista del contrincante.

Una continua denuncia entre el supuesto vínculo de Calderón Hinojosa y los anteriores gobiernos priistas, considerados por masivos sectores como la fuente de sus desgracias, figuraría como una de su principales estrategias. Pero en un segundo momento, la radicalidad de las acusaciones señalarían al oponente como fascista y potencial *vendepatrias*, calificativo este último que a más de uno llevaría a descubrirse el pecho y a disponerse absolutamente a conjurar el potencial mal.

Entre la paranoia sugerida por la propaganda política, el *Goldstein* orwelliano apareció también, sólo que esta vez bajo el calificativo del *Innombrable*. Ambos candidatos depositaron su menester destructivo en la vinculación entre el enemigo y el ex presidente Carlos Salinas de Gortari. Sumergidos en un diálogo paranoico, cada uno culpaba al otro de ser su heredero. Basándose en las pasiones y el

¹³ Campaña dirigida por los consultores extranjeros Dick Morris, Rob Allyn y Antonio Solá, expertos en campañas negativas y manipulación de masas.

contagio antes que en un verdadero conocimiento sobre la gestión del personaje involucrado, el imaginario colectivo explotaba su hostilidad ante cualquier correlación sugerida.

Así, ante los primeros anuncios de la campaña que le asociarían con Chávez, López Obrador argumentaba: “Yo creo que la campaña, ésta de vincularme a Chávez, de manejar la imagen de que no respeto las leyes, tiene mucho que ver con el regreso de Salinas. Cuando Salinas regresa al país empieza a difundir esta especie.”¹⁴ Y en esta misma manía, Calderón Hinojosa señalaba: “Si se fijan, amigos, si se fijan ahora hasta Manuel Bartlett, mi dinosaurio favorito, el autor de la caída del sistema en 1988 se ha juntado también a la campaña de López Obrador. No me extraña amigos, porque era el único de los operadores políticos de Carlos Salinas de Gortari que faltaba por unirse a la campaña de López Obrador. Ahí está Camacho, ahí está Monreal, ahí está Federico Arreola, ahí está Socorro Díaz, el equipo político de Salinas de Gortari, es ahora el equipo político del PRD.”¹⁵ Risiblemente, mientras que el PAN sugeriría el regreso de las políticas salinistas en un posible gobierno del candidato de la Coalición; López Obrador haría lo propio, denunciando una presunta colaboración del ex presidente mexicano en el financiamiento de la campaña calderonista.

El miedo a perder los bienes por un lado, y la certeza de merecer más de lo tenido por el otro, profundizaría la *reacción* ante la supuesta injerencia de un personaje identificado, casi superficialmente, con las crisis económicas. En el fondo, el encuentro con los más mínimos rasgos de semejanza al modelo perfecto del odio aparecerían como el detonante excepcional para el hambre de un rencor dispuesto a devorar cualquier excusa en la búsqueda de su alivio.

¹⁴ “Entrevista de Andrés Manuel López Obrador con José Gutiérrez Vivó”, *Especialista en medios y Radio Monitor*, 22 noviembre 2005, disponible en: www.felipecalderon.com, consultado en: abril del 2007

¹⁵ “Discurso de Felipe Calderón en Xalapa Veracruz”, *Especialista en Medios S.A de C.V.*, 28 mayo 2006, disponible en www.felipecalderon.com, consultado en: abril del 2007

Las constantes y mutuas denuncias que ligaron al candidato de Acción Nacional con financiamientos empresariales, así como al perredista con supuestos brotes guerrilleros y dictatoriales, mostrarían el maniqueísmo ejercido por la propaganda política, dejando al descubierto una profunda brecha social ilustradora de la herida natural del narcisista rencoroso, pero sobretodo, una exacerbada y masiva necesidad por sublevar y catalizar las pasiones más mezquinas de los grupos políticos en escena. Alimentando el encono hacia supuestos perturbadores más que a la información sobre propuestas reales de gobierno, la competencia electoral brindaría a cada uno de los miembros de ambos conjuntos la inigualable oportunidad de evadir su propia incapacidad y las insuficiencias inherentes a su sociedad.

Paulatinamente, el impacto psicológico de las campañas negativas como útiles subterfugios de la propia imposibilidad, reflejarían el éxito en sus resultados. Un mes antes de la jornada electoral, el monitoreo de noticiarios de radio y televisión del Instituto Federal Electoral, cerraría reportando 2 514 notas valoradas en forma negativa contra la Coalición por el Bien de Todos, frente a unas 965 hacia el PAN.¹⁶

La participación política derivada de la afirmación colectiva en términos de agresividad reactiva, lanzaría significativas enseñanzas sobre el manejo de las pasiones en la definición de los llamados *votos racionales*. Si bien a lo largo de los casi seis meses de contienda electoral, las encuestas elaboradas por distintos consorcios manejarían prioritariamente el índice de preferencias respecto a cada uno de los candidatos, nunca dejarían de otorgar especial atención a aquellas con su definición a partir del rechazo, es decir, a partir de los sentimientos hostiles despertados por los candidatos en la masa electoral.

¹⁶ Edmundo Berumen, “From afar (A la distancia)”, *Este País. Tendencias y opiniones*, N° 191, Febrero de 2007, p. 34.

A la pregunta expresa de “¿por cual candidato nunca votaría? Los resultados generados darían en el mes de febrero a Madrazo 49% del voto negativo, por 9% de Calderón y 13% de AMLO, cifras que al cierre de campaña serían del 29%, 14% y 25% respectivamente.”¹⁷ Sin duda alguna, el candidato perredista aparecía entonces como el mayormente afectado por las campañas de apuesta al voto negativo.¹⁸ Diarios como el *Universal* y *Reforma*, lanzaban significativos datos en cuanto al voto negativo hacia ambos candidatos. De acuerdo con *Reforma*, Felipe Calderón Hinojosa habría incrementado únicamente 1 punto su índice de rechazo al pasar del 13% en febrero al 14% en la segunda quincena de junio, mientras que López Obrador iría de un 15 a un 25%. *El Universal*, por su parte, manejaría para Calderón un 9% en febrero para cerrar en un 14%, siendo para el representante de la Coalición, una diferencia del 13% inicial al 25% a finales de junio. De acuerdo a los datos de consulta Mitofsky, el mismo candidato reportaría, del inicio al cierre de campaña, un porcentaje de rechazo incrementado del 20 al 29%, mientras que el porcentaje correspondiente al candidato blanquiazul, variaría únicamente del 19 al 26%.¹⁹

Mientras que en los primeros tres meses de campaña el candidato de la *Coalición por el Bien de Todos* registraría entre 6 y 10 puntos por arriba del candidato panista, de acuerdo con las casas encuestadoras, al suceder de la campaña, Andrés Manuel López Obrador reportaría bajas considerables. A partir de la campaña mediática iniciada por el PAN entre los meses de marzo y abril, de acuerdo a la casa encuestadora dirigida por Roy Campos, el candidato de la Coalición reportaría una caída de 7 puntos porcentuales en preferencias de voto; y

¹⁷ Miguel Ángel Valverde Loya, “La estrategia del ataque en la publicidad negativa en la campaña de 2006”, *Op. cit.*, p. 30

¹⁸ El voto negativo será el resultado de la influencia privilegiadamente de la propaganda negativa o las guerras sucias mercadológicas que centran sus mensajes en la destrucción de la imagen del contrario más que en la confrontación de programas de gobierno.

¹⁹ Datos recuperados de la *Revista Mexicana de Comunicación*, “Efectos de la publicidad electoral” de Francisco Aceves y Luis Fernando Murillo, año XIX, N° 101, oct-nov 2006, p. 18

para fines de abril se colocaba a Felipe Calderón por un punto encima de López Obrador, al registrar un 35% de las preferencias.²⁰

Resulta por de más interesante advertir, a partir de los datos, de qué manera el poder de una política basada en la destrucción simbólica del *otro*, determinaría la variación estadística de las encuestas previas a la jornada electoral. La motivación que la propaganda ejerció sobre la construcción delirante del individuo, colocó a la valoración afectiva como uno de los factores clave en la elección gregaria de las posturas políticas. Según datos de la Cuarta Encuesta Nacional Electoral, ante la pregunta expresa “¿Usted cree que Andrés Manuel es un riesgo o no?” El 50% respondería que no contra un 37% que sí creía que lo era, destacando que de este último porcentaje, el 45%²¹ lo creyera simplemente por su *forma de ser* antes que por sus propuestas económicas o políticas, demostrándose así que la carga valorativa sugerida por la propaganda hacia referentes específicos detonaría sobretodo, la *re-acción* y el rechazo provenientes de la fantasía rencorosa que removieran en el individuo “ sus sentimientos y sus ideas hasta el punto de convertir al avaro en prodigo, al escéptico en creyente, al hombre honrado en criminal, al cobarde en héroe.”²² Los pequeños atisbos de cualquier amenaza a la configuración de los grupos, desencadenaría en cada uno de sus miembros, sentimientos extremos de antipatía que, al paso de los días, se fundió con un odio proyectado desbordado hacia cualquier aparente desviación de los credos grupales.

²⁰ Especialista en medios, S.A. de C.V., datos brindados por Noticieros Televisa con Joaquín López Dóriga, 16 mayo 2006, www.noticierostelevisa.com, consultado en junio del 2007

²¹ Konrad, Adenauer Stiftung y BGC (Beltran y Asociados), “Cuarta Encuesta Nacional Electoral, CIDE-CSES.” Seguimientos 1997-2006, julio 2006.

²² Le Bon, *Op. cit.* , p. 42

V

La escisión social respecto a dos referentes políticos era clara. La postura partidaria igual que la existencia, se definiría a partir del *¡no!* particular del resentimiento. Cada uno pretendía convertirse en un ciudadano activo ante la simple visión del triunfo del enemigo. El placer y la sensación de bienestar producidos mediante la subestimación de los otros que fueron permitidos por la propaganda, se convertirían en una de las fuentes de atracción más poderosas para la participación política que asemejaría, más de una vez, simples estadios exorcizantes de la impotencia individual.

Candidatos y grupos que correspondieron a las peculiaridades del odio, refutarían la influencia de la pasión en cada una de sus acciones políticas, adjudicándola en cambio, a las acciones del otro, que por esta razón se transformaba automáticamente en el impotente. Olvidando que a fin de cuentas “la difamación, la calumnia, la crítica malévola, son formas de destrucción relativa del objeto que se pueden llevar a cabo sin demasiado riesgo ni desprestigio por parte del que odia.”¹ Mientras Calderón Hinojosa encontraba al proyecto adverso “construido a base de una siembra de odio y de confrontación donde maniqueamente la sociedad (era) dividida entre los buenos y los malos”², el candidato de la *Coalición* aseguraba que el verdadero origen de la campaña de desprestigio y odio en su contra era porque los grupos de poder no habían sentido tan cerca lo que (era) perder privilegios; declaraciones que exhibirían, en ambos casos, la ficticia política de las buenas intenciones que presumiblemente era también la única posible.

Una lucha por el poder, embebida de las formas rituales de la democracia, derramaría los mecanismos idóneos para el enmascaramiento de las fuentes y los deseos pasionales de las masas. A través de un asequible triunfo político se

¹ Castilla del Pino, *Op. cit.*, p. 32

² “Entrevista de Felipe Calderón con José Gutiérrez Vivó”, 07 de junio del 2006, *Ibíd.*

“despertaba la esperanza en un gran número de sujetos de que con el aniquilamiento del otro, ellos mismos podrían elevarse.”³ Tratando de legalizar ante sí mismos y ante los demás su condición de víctima privilegiada, los grupos lanzarían entre su conjunto de reivindicaciones, la de una justicia atropellada por el oponente que era al mismo tiempo, reconocido como el criminal sobre el que por el simple hecho de serlo, más legítimo sería el ejercicio de la venganza colectiva, en tanto como señalara Girard, más fechorías pudieran adjudicársele.

La certeza de una injusticia ligada a la presencia de la *otredad*, toparía con la maravillosa ocasión de la expiación mediante su derrota política. Las palabras de Medea adquirirían sentido una vez más en la historia:

MEDEA.- *...Y ahora puedes llamarme como te agrade, leona
o Scilla Tirrenia. ¡Te he devuelto los golpes!*

JASÓN.- *También tú sufres como yo, me parece.*

MEDEA.- *Con tal de que tú no rías, amo sufrir.*

JASÓN.- *Hijos ¡qué madre abyecta os ha tocado!*

MEDEA.- *Hijos ¡a qué muerte os ha condenado vuestro padre!*⁴

Una supuesta legítima defensa velaría las aspiraciones de la *venganza*, cenit del resentimiento: “Porvenir basado en la posibilidad de castigar, a través de la repetición en la vía regresiva del tiempo, al objeto responsable de los agravios, momento esencial en el que una vez más intenta saciar su sed de venganza para restituir infructuosamente el resentido sentimiento de su propia dignidad.”⁵ Descargar el afecto en la palabra se exhibiría entonces, únicamente, como la primer coartada de un destino más definitivo.

El ataque hacia el objeto que real o ilusoriamente poseía el bien o las propiedades (carencias o excesos) provocantes del afecto resentido, fungirían como la primer

³ Hasler, *Op. cit.*, conversación con Alexander Mitscherlich, p. 137

⁴ Eurípides, *Alceste*; *Medea*; *Hipólito*, trad. Antonio Guzmán Guerra, Alianza, Madrid, 1999.

⁵ Kancyper, *Op.cit.*, p. 37

fase de una revancha imaginaria de ambos bandos, que encontrarían sus mayores motivos en el fondo de una clandestinidad sobre la que se entretejieron razones más poderosas e ignotas que las descubiertas a simple vista.

Los simpatizantes de la causa panista arrojarían su ira hacia toda manifestación de la ruptura del orden, obstáculo viviente al goce exacerbado del *deber ser*. La fuga de imágenes trasgresoras al dominio de las deontológicas representaciones, inspiraría las creaciones delirantes de mentes policiales, empeñadas en restaurar su quebrada completud con la nivelación y el ordenamiento homogéneo mediante el establecimiento de normas, credos y juicios.

Ya Savater denunciaba los tintes de tal pensamiento: “Nadie debe querer sobresalir; todos deben ser y obtener lo mismo. la justicia social significa que nos rehusamos a nosotros mismos muchas cosas para que también los demás tengan que renunciar a ellas o, lo que es lo mismo, no puedan reclamarlas.”⁶ La necesidad de desposeer o destruir la existencia del otro armaría el complejo de una venganza desde el que ambas posturas políticas construirían el rosario de sus reproches.

Una ojeriza genuina recorrería las vértebras de sectores lopezobradoristas, que localizarían en la ocasión del enfrentamiento ideológico, una oferta más para su desquite histórico. El maniqueísmo latente en la adjudicación de los derechos y la atribución de las culpas, revelaría en cada palabra del discurso aquella inversión valorativa a la que Nietzsche relacionaba con las particularidades de los afectos resentidos. La fe absoluta y tajante en una realidad en la que “los miserables son los buenos; los pobres, los impotentes, los bajos son los únicos (...) y en la que solamente para ellos existe la bienaventuranza”⁷ dotaría al grupo de la convicción suficiente para creer hallar en el cierre al paso del adversario, el resarcimiento ilusorio de los agravios perpetrados a cada unidad del conjunto.

⁶ Savater, *Op. cit.*, p. 171

⁷Nietzsche, *Op. cit.* , p. 33

Casi de idéntica forma en que el pensamiento religioso sentenciara que “antes pasa un camello por el ojo de una aguja, que entra un rico en el cielo.”⁸ , las consignas del grupo partidario de la *Coalición* desnudarían los agregados agresivos en sus exigencias de justicia. “¿Qué quieren los panistas, pero más que eso, qué quieren los que están detrás del candidato del PAN? Quieren que el gobierno siga siendo un comité al servicio de unos cuantos. ¿Qué queremos nosotros? Queremos que el Gobierno sea de todos, que la Patria sea de todos. ¿Por qué rescatar a los de arriba, los que ahora son los que están impulsando de nuevo al candidato del PAN? ¿Por qué no rescatar a los indígenas, a los campesinos, a los comerciantes, a los obreros, a la mayoría de nuestro pueblo? Siempre los privilegios para los de arriba, ya basta.”⁹ El triunfo potencial de un único sujeto rival significaría ante sus ojos el de una clase, que a su vez, sería sólo el reflejo de una victoria de las ideas y de los personajes causantes de su frustración y de su encono .

La figura del *voto* tomaría las formas de una revancha dulcificada y permitida por los mecanismos democráticos, cual si fuese una solución milagrosa. La doble imagen desprendida de éste, revelaría el castigo o la recompensa dictaminados por los afectos. Diversos matices de la obra insinuarían al voto no sólo como la apuesta plenamente racional que se presumiera más factible para la resolución de los problemas nacionales, sino además, como el dispositivo mediante el cual el goce de la *ley del Talión* quedaba garantizado. En la esperanza del triunfo de *uno de los suyos*, ambos grupos hallarían el analgésico a su impotencia y a la catarsis de su odio, al menos momentáneamente.

Congruente con la esperanza masiva, la propaganda del resentimiento encontraría su cumbre en el voto emitido por entes reactivos. Los líderes de ambos proyectos demostrarían tal verdad con la aproximación de los comicios. Muy cerca al final de

⁸ San Lucas, 18, 25, citado en Scheler, *Op. cit.*, p. 88.

⁹“ Intervención de Andrés Manuel en el debate presidencial”, 06 de junio 2006 disponible en: www.gobiernolegitimo.com.mx, consultado en: abril del 2007

la contienda, el candidato López Obrador afirmaría al referirse a los adversarios: “Engañaron al pueblo y al pueblo no se le engaña; ahora van a pagar muy caro por ese engaño (...) el 2 de julio el pueblo les va a decir ‘ustedes van para afuera’.”¹⁰ Sin menoscabo las sentencias serían previamente vertidas en todas direcciones, dejando claro que el efecto positivo de la sublevación del odio contenido era capaz de impulsar al menos una acción: la de emitir un voto no con la creencia de evitar un mal, como en realidad hubiese pretendido una campaña del miedo, sino con la plena convicción de poderle castigar y eliminar mediante esa vía; el ejercicio de la pasión y de la razón se mezclarían hasta el punto de la indistinción en la naturaleza de los intereses implícitos en la lucha por el poder, lucha que como cualquier otra, ineludiblemente culminaría con el acto final de la eliminación simbólica de la *alteridad*.

Algunos días posteriores al 2 de julio los resultados de la contienda serían conocidos por todos: el triunfo del candidato de *Acción Nacional*, Felipe Calderón Hinojosa sería declarado en medio del principio de un nuevo complejo matizado por la pasión. Movimientos masivos, enfrentamientos mediáticos y declaraciones emitidas desde cualquier punto de la administración del poder estatal, representarían claramente la continuación de un desfogue pasional que iniciara sus mejores exposiciones siete meses atrás. La sociedad cismática pretendería ser remendada mediante la aguja de la conciliación y la resignación, sugeridas por la política de la buena voluntad. El manejo conciente y profesional o la nueva ignominia derramada sobre las funciones del resentimiento en el ejercicio político harían prevalecer lo que hasta ahora, se ha mantenido como un reprimido monólogo esquizoide, dispuesto a arrojarse nuevamente ante la apertura de cualquier cerrojo.

¹⁰ “Discurso de Andrés Manuel López Obrador en Torreón Coahuila”, *La Jornada*, viernes 16 de junio del 2006, disponible en: www.lajornada.com.unam.mx, consultado en: abril del 2007

VI. Epílogo

Hemos visto cómo el resentimiento forma parte intrínseca de la estructura psíquica del sujeto quizás desde el preciso momento de su alumbramiento, y como tal pasión es alimentada con cada una de las frustraciones heredadas y cotidianas en el proceso mismo de la existencia. Las unidades resentidas, y por antonomasia impotentes, recurren ineludiblemente a la atracción energética de los cuerpos masivos en el que los lazos de sociabilidad sustraen su fortaleza de la insatisfacción general compartida, cuerpos que son delineados cultural y emocionalmente por principios democráticos que mantienen su base en el rechazo tajante de la *otredad*, que simboliza al mismo tiempo, la diferencia perniciosa a la comunidad de las aptitudes y las ideas, y que es identificada con el retrato del chivo expiatorio al que se vuelve imperioso culpar y destruir en la búsqueda de la recuperación de la seguridad y la integración grupal.

Los eventos políticos del 2006 en México, exponen de forma clara algunos de los orígenes, procedimientos y aparentes conclusiones acompañadas por el rencor. El desenmascaramiento de la desigualdad mexicana que el discurso democrático intenta hacer pasar como una igualdad no es suficiente para contener las reacciones pasionales derivadas de una notoria ruptura. La articulación entre dos líderes exponentes de la profunda fractura social y los grupos masivos a su alrededor, liberaría excepcionales muestras de las funciones políticas del resentimiento. Sobre un terreno minado con su presencia, se agrega la conducción ideológica encaminada a su sublevación. Las unidades pertenecientes a ambos bandos han desviado el cúmulo de insatisfacciones hacia un idéntico enemigo a quien se responsabilizó de los males y de los agravios sufridos. Cada líder ha hecho del otro el hermano enemigo que bloquea sus pretensiones, y que es por tanto, el culpable de los fracasos colectivos. La propaganda política ha dado a la sociedad el objeto sobre el cual descargar su rabia, los líderes son de

pronto los chivos expiatorios que es necesario eliminar. La proyección multidireccional del odio se concentra en una única figura: la del oponente político.

Las ansias revanchistas de cada individuo se han descargado en el ejercicio multitudinario del voto, que poco a poco ha sido considerado como la máxima fuente de una venganza placentera para todos. Depositando las esperanzas de restaurar la perfección prometida, las víctimas privilegiadas, resentidas, convierten su reacción en el acto positivo de la participación política.

La detonación generalizada de la pasión encontró un atenuante temporal en la conclusión de la contienda, que sin embargo, sólo ha fungido como el disfraz institucional de causas afectivas a las que se pretende de nuevo acallar. La supuesta incredulidad y el espanto ante el desparpajo con que el resentimiento se mostró en una supuesta política libre de violencia, acompañó el desahogo de innumerables rechazos y críticas a su intromisión en la comedia.

Los arreglos postelectorales del tipo formal que fueron implementados por los nuevos administradores del poder estatal desde el lecho de la autosatisfacción, han ido desde los ofrecimientos públicos de reconciliación y el otorgamiento del perdón, hasta la inserción de miembros pertenecientes a la causa externa en los ejercicios de gobierno. El concepto *legitimidad* se convierte entonces en el siguiente icono de una disputa grupal basada en la certeza irreductible de ser merecedor o desposeído del derecho emanado de su grandeza.

Como era de suponerse, el grupo que obtuvo, de acuerdo a las reglas formales, el triunfo que momentáneamente atenuaría su rencor, ha refundido en la clandestinidad el reprobable origen pasional de sus palabras y sus acciones. No se equivoca aquel que señale que la función del odio en el mundo es igual o quizá más importante que la del amor. A fin de cuentas, la dualidad del afecto rencoroso, encarnada en la existencia de los dos líderes en el contexto mexicano de la

contienda, ha sido la encargada de desvelar una vez más, la complicidad y la necesidad recíproca entre el objeto de resentimiento y los sujetos resentidos.

Pero, si bien el ejemplo de la política electoral del año pasado en nuestro país, brindó un precioso collage del uso político del resentimiento, sus funciones en definitiva no finalizan con ello. En un continuo desglose de su ejercicio, el espacio del resentimiento se homologa continuamente al de los medios de comunicación, al de las leyes penales, a las disputas profesionales, y hasta al de los personajes protagonistas de las nocturnas telenovelas. En cada rincón se desliza el descargo simulado de un afecto no permitido por los altos baluartes de la convivencia y la tolerancia.

De forma natural, la mera *relación con el otro*, producirá en el sujeto sentimientos tan variados como el amor, la envidia o el odio, que incluso en los arreglos institucionales de un Estado en transición democrática, manifestaron su energía y preponderancia, impulsando las acciones de los hombres. Un análisis de la realidad mexicana mediante la radiografía del resentimiento, Oslo dejaría al descubierto un modelo de las heridas añejas que una coyuntura propicia ha siempre de remover.

Un contrato social que tácitamente ha tratado de reivindicar la *nobleza* del dejarse abofetear ambas mejillas antes de sucumbir a los instintos de odio y venganza, fue y sigue siendo rebasado por el menester de una modernidad occidental empeñada en definirse a partir de ideas y entes diametralmente opuestos.

De manera errónea, distintos estudiosos del episodio político pretendieron hallar, entre las peculiaridades superficiales de éste, las razones iniciales y últimas de la escisión social, olvidando que “no son los programas políticos los que engendran la oposición; y que es la oposición lo que engendra los programas”¹, y atribuyendo

¹ Girard, René, *Mentira romántica y verdad novelesca*, Barcelona, Anagrama, 1985, p. 116

enteramente a las doctrinas ideológicas colmadas de rencor la responsabilidad del entretejido elaborado por una animadversión más esparcida, desdeñando la realidad de su origen y su presencia latente en un pasado mucho más lejano, tal vez demasiado emparentado al origen mismo del hombre.

Hasta hoy se escucha el levantamiento de voces alarmistas preocupadas por regular el más ínfimo de los detalles en el arreglo de las elecciones presidenciales próximas, pretendiendo evitar que se repita lo sucedido. Un desconocimiento pleno sobre la ineludible fuerza de los afectos humanos en las acciones colectivas, sigue haciendo creer que la razón se mantiene independiente de ellos, creencia que insulsamente lleva a intentar hacer de ésta su cinturón de contención.

Buscando corresponder a uno de estos principios, el rechazo generalizado a la naturaleza resentida se amolda a las expectativas de un gobierno con supuestas intenciones de saneamiento social. Expiando los remordimientos personales se lanzan todos a la cruzada legal en defensa de la razón. Masas cegadas, líderes manipuladores, comunicadores vendidos, asesores de campaña perversos y poderosos injustos son algunos de los calificativos, igualmente útiles, que indistintamente se exhiben en la repartición de la culpa por la siembra del odio. Únicamente la imagen de la democracia resulta ilesa ante la embestida. Sobre ella, el velo de la política benevolente es ágilmente remendado por todos los paladines que guardan su mejor trinchera en la conciencia individual e impenetrable que se convierte en el verdugo de las traiciones a los principios formateados por el *poder del pueblo*.

No parece advertirse que la democrática sugerencia de una igualdad meramente documental es suficiente para crear el sentimiento vivo de ésta. Sentimiento que al ser cotidianamente desmentido por la estructura jerárquica de la realidad, concluirá inevitablemente en el reinicio del desorden y del conflicto generalizado, en el que nadie tiene un lugar determinado en el cosmos y sólo puede encontrar injusticias en cualquier destino que le atañe, generando desde la impotencia un

rencor exacerbado hacia cualquier *otredad* que perturbe sus más utópicos designios.

La espiral del odio no parece terminar aun con la aparente catarsis colectiva. Y es que como señalara Márquez: “las masas no tienen un comportamiento destructivo debido a sus genes, sino a sus frustraciones cotidianas. Cada vez que fracasamos tenemos la necesidad imperiosa de descargar, de expulsar nuestros odios. Ya sea en el fútbol, la guerra, la cacería, los sacrificios o los linchamientos –ya sean mediáticos o reales; ya sea por culpa de la herencia biológica o de la sociedad; el resultado siempre es el mismo: las masas necesitan destruir, pero, especialmente, lo necesitan las masas modernas.”²

El orden natural de las diferencias es juzgado desde el reclamo estéril de la imposición de la igualdad que ignora que la constitución del mundo de las ideas y de las acciones (entre las que destaca la lucha por el poder) esta determinado por el juego de los rivales que son también los diferentes, capaces de afirmarse a sí mismos sin necesidad de la proyección negativa de o hacia lo externo. La apuesta moderna a la política democrática, como dispositivo de limitación y destrucción de los afectos que califica entre las variedades egoístas, sólo incrementa la represión de éstos, posibilitando también el aumento en la violencia de su descarga.

Conjugando en un mismo escenario político la variable de las aspiraciones ilimitadas y la disimilitud de las potencialidades en la repartición del poder, el ejemplo mexicano ha demostrado, una vez más, que la política basada en la retórica de la *no violencia* existe exclusivamente en el documento que le define; que los errores que en los mitos han marcado las diferencias entre el orden y el caos, siguen pulsando debajo de lo que hoy, tan simplistamente, se ha dado por llamar, polarización social; y que las funciones del resentimiento siempre harán el favor a cualquier realidad política, con un indispensable ingrediente: la humanidad, deseosa por excelencia, con anhelos similares y desemejanza en las capacidades de sus miembros, pero sobre todo, profunda e indistintamente revanchista.

² Márquez Muñoz, Jorge, *La ciudadanía de cara al siglo XXI*, *Op. cit.*

Fuentes:

- Ayala Blanco, Luis Alberto y Marroquín, Citlali, *El poder frente a sí mismo*, Sexto Piso, México, 2003, 116 pp.
- Bodei, Remo, *Una geometría de las pasiones: Miedo, Esperanza y Felicidad: filosofía y uso político*, Muchnik Editores, Barcelona, 1995, 682 pp.
- Castilla del Pino, Carlos, et. al., *El odio*, Tusquets, España, 2002, 186 pp.
- Clastres, Pierre, *Investigaciones sobre Antropología política*, gedisa, Barcelona, 1981, 255 pp.
- Dahl, Robert, *On political equality*, Yale University Press, 2006, 160 pp.
- Elster, Jon, *Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones*, Barcelona, Paidós, 2002, 527 pp.
- Eurípides; Alceste; *Medea*; Hipólito, Alianza, Madrid, 1999, 231 pp.
- Freud, Sigmund, *Psicología de las masas*, Alianza, 6ª ed., Madrid, 2005, 213 pp.
- Girard, René, *Mentira Romántica y verdad novelesca*, Anagrama, Barcelona, 1985, 282 pp.
- *La violencia y lo sagrado*, Anagrama, Barcelona, 1983, 338 pp.
- *La ruta antigua de los hombres perversos*, Anagrama, Barcelona, 1989, 196 pp.
- Hasler A., Alfred, *El odio en el mundo actual*, Alianza, Madrid, 1973, 199 pp.

- Kancyper, Luis, *Resentimiento y remordimiento*, Estudio psicoanalítico, Paidós, 1ª edición, Argentina, 1991, 155 pp.
- D. Laing, Ronald, *El yo y los otros*, trad. Daniel Jiménez Castillejo, Fondo de Cultura Económica, 6ª impresión, México, 2002, 187 pp.
- Le Bon, Gustave, *Psicología de las multitudes*, trad. J.M. Navarro de Palencia, Editora Nacional, México, 1966, 271 pp.
- Márquez Muñoz, Jorge F., *La envidia en la formación política del mundo moderno*, Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2006, 184 pp.
- “La envidia en la Revolución Francesa” en *Razón cínica*, N° 13, 14 de junio del 2004, disponible en: www.politicas.unam.mx/razoncinica/
- “Consideraciones éticas sobre la ciudadanía” consultado en *La ciudadanía de cara al siglo XXI*, UAEM, México, 2006.
- Muchielli, Roger, *Psicología de la publicidad y de la propaganda*, Ediciones Mensajero, España, 1997, 238 pp.
- Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral*, Editorial Tomo, México 2002, 224 pp.
- Orwell, George, *1984*, Destino, Barcelona, 1987, 304 pp.
- Pratkanis, Anthony y Aronson, Elliot, *La era de la propaganda, uso y abuso de la persuasión*, Paidòs, Barcelona-Buenos Aires-México, 1994, 416 pp.

- Salgado, Enrique, *Radiografía del odio*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1969, 288 pp.
- Savater, Fernando, *El panfleto contra el todo*, Alianza, Madrid, 1982, 200 pp.
- Scheler, Max, *El resentimiento en la moral*, Carrapós Editores, Barcelona, 1993, 181 pp.
- Speziale-Bagliacca, Roberto, *La culpa. Consideraciones sobre el remordimiento, la venganza y la responsabilidad*, Asociación Psicoanalítica de Madrid, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, 398 pp.
- Stirner, Max, *El único y su propiedad*, Sexto piso, México, 2003, 401 pp.

- **DIARIOS:**

- *La Jornada*
- *Reforma*
- *Monitor*
- *El Universal*

- **REVISTAS:**

- Revista semanal *EMEEQUIS*, Núm. 029, México, 21 agosto 2006 y Núm. 071, 11 junio 2007.
- *Revista Este País*, Tendencias y opiniones, Núm. 182 , Mayo 2006 y Núm. 191, Febrero de 2007.

- *Revista Mexicana de Comunicación*, “Mercadotecnia política en crisis, Efectos de la publicidad electoral, Marketing para el nuevo gobierno”, Numero 101, Año XIX, oct-nov 2006.
- *Cuarta Encuesta Nacional Electoral*, CIDE-CSES, Konrad, Adenauer Stiftung y BGC (Beltran y Asociados) Seguimientos 1997-2006, julio 2006.
- *Revista de Psicoanálisis (APA)*, “El ideal, medida y desmesura”, XLV, 1, 1988.

- **Paginas de Internet:**

- www.jornada.unam.mx
- www.politicas.unam.mx/publi/publicp/razoncinica/autores/autores/htm
- www.lópezobrador.com
- www.felipecalderón.com
- www.gobiernolegitimo.org.mx/noticias/discursos
- www.noticierostelevisa.com
- www.reforma.com
- www.politicas.unam.mx/razoncinica/